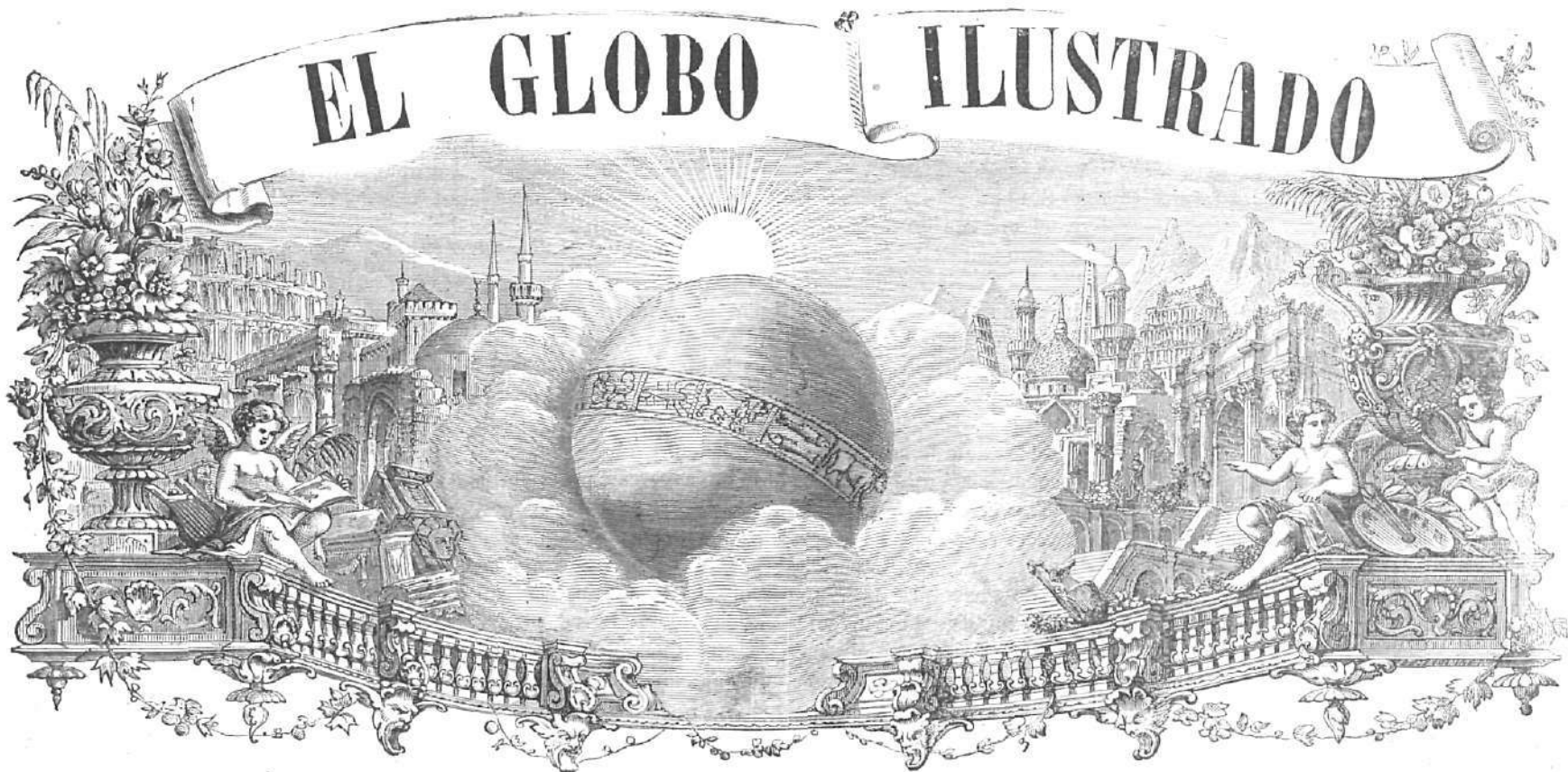




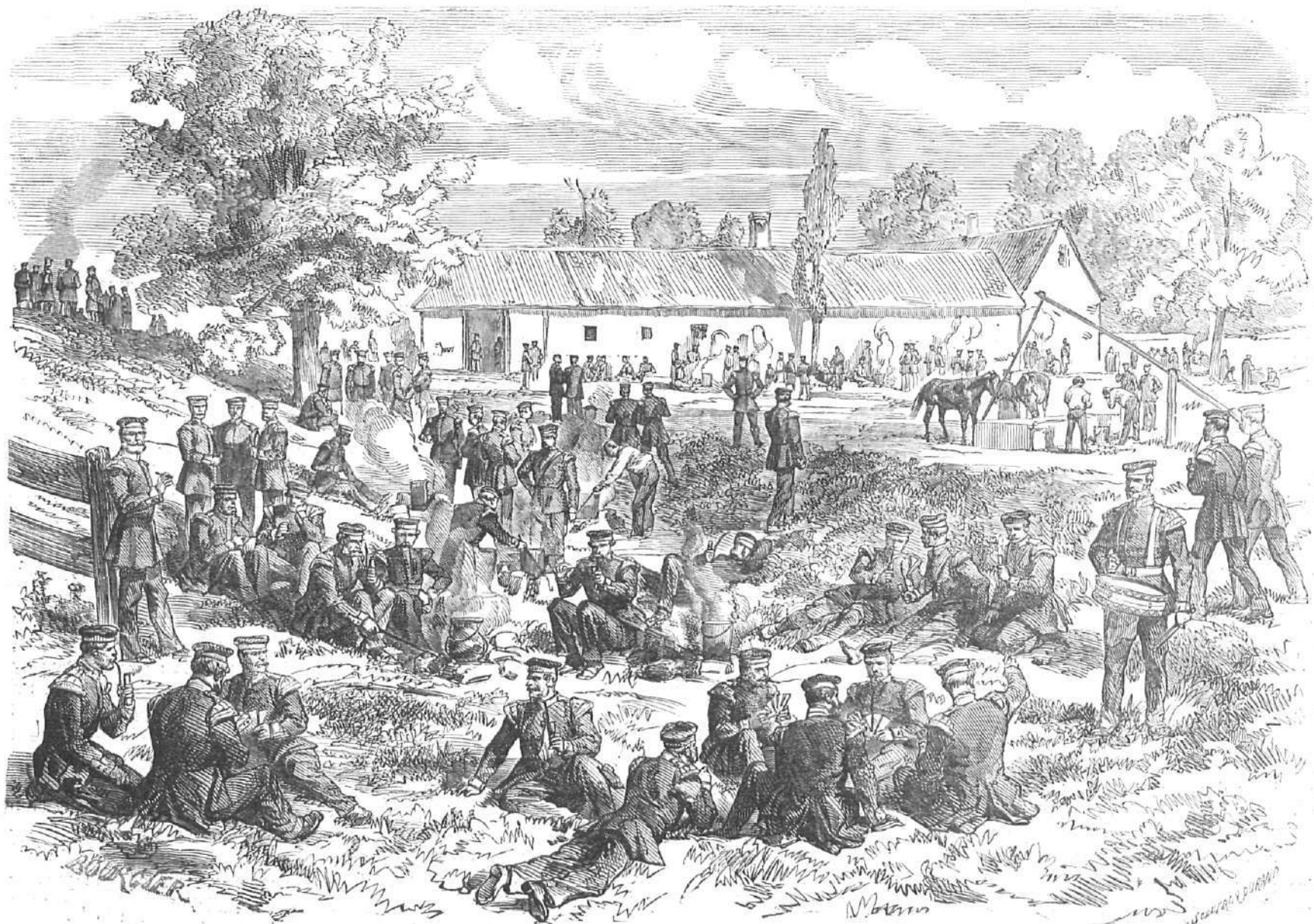
NUMERO 8.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los meses se publican dos números de EL GLOBO ILUSTRADO, y cada número consta de 16 páginas, ocho de grabados y ocho de texto. El precio de suscripción es en Madrid 4 rs. al mes y 40 por un año; en provincia 18 rs. al trimestre y 60 por un año; en París y en el extranjero 20 francos al año; en las posesiones españolas de Ultramar 4 pesos fuertes y en el resto de América 5 id., enviándose directamente por los vapores ingleses. Se suscribe en Madrid en el Establecimiento tipográfico del BANCO INDUSTRIAL Y MER-

CANTIL, y en todas las librerías; en provincia y en Ultramar en casa de los correspondientes de dicho establecimiento, ó directamente enviando letra del importe á la orden de los señores F. de P. Mellado y Compañía; en París en las librerías de estos mismos señores á cargo de Mr. A. B. Laplace, rue Séguier, 3, y calle de Rivoli, 75, y en casa de M. Denné Schmit, rue Favart, 2.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en Madrid y 3 en provincia.



SUMARIO DEL N.º 8.

GRABADOS. Número 1. Página 113.—Acantonamiento de tropas del 7.º cuerpo del ejército de Bendorf, situado á tres leguas de Viena.

Número 2. Pág. 116. Plaza de los Señores en Vicencia.

Número 3. Pág. 116. Plaza de Abastos en Verona.

Número 4. Pág. 116.—PÁDUA.—Vista de la plaza de Abastos.—Cuartel general de Victor Manuel.

Número 5. Pág. 117. Destacamento de caballería que pasa á reunirse á sus respectivos cuerpos, atravesando las famosas Puertas de Piedra, en Bohemia.

Número 6. Pág. 120. Entrada de Victor Manuel en Venecia.—La calle mayor de Rovigo.

Número 7. Pág. 121. El 8.º cuerpo del ejército prusiano, acampado entre Ladendorf y Pellendorf recibe la noticia oficial de la prolongación del armisticio.

Número 8. Pág. 124. Aspecto de la plaza Mayor de Bolonia el día en que se publicaron los preliminares de la paz.

Número 9. Pág. 124. S. M. el rey de Italia recibe en el palacio Sartori, en Pádua, los diputaciones de las provincias de Venecia y de Trento.

Número 10. Pág. 125. Los prusianos conducen prisioneros á los merodeadores, que despues de la batalla de Koenigsraetz, se habian vestido con el uniforme austriaco para despojar á los cadáveres.

Número 11. Pág. 125. La caballería prusiana persigue á los merodeadores que despojaban á los cadáveres en las cercanías de Theverienstadt.

Número 12. Pág. 128. Los aldeanos de las cercanías de Pardubitz fijan cruces en el campo de batalla de Sadowa.

Número 13. Pág. 128.—NICHOLSBURG.—Cuartel general del rey de Prusia, donde se han firmado los preliminares de la paz.

ARTICULOS. Actualidad.—Lo que vale un juramento, por don SALVADOR MARIA DE FABREGUES.—El Drama de la vida, por don DIONISIO CHAULIE.—Dios, por don JOSE ZORRILLA.—Cristeta, novela original, por don LUDOVICO A. BERMEO. (Continuación).—La imaginación, por don SALVADOR COSTANZO.—Las cartas del Tasso, por don I. A. B.—Sobre las sustancias que caen del cielo, por don M. P.—Fuerza y materia.

EL GLOBO ILUSTRADO.

ACTUALIDAD.

Las noticias que se reciben, y los despachos que insertan todos los periódicos extranjeros y que reproducen los nuestros, confirman que se asegura la paz. El número 8 de El Globo lo confirma también de una manera cumplida por medio de la esposición de sus grabados. El reposo, la tranquilidad que observamos en el acantonamiento de las tropas prusianas en las cercanías de Bendorf y próximas á Viena, nos revelan que las grandes cuestiones que se agitaban en Alemania están casi completamente definidas.

Las tropas italianas, interesadas en esta cuestión, recorren las primeras capitales de Italia en son de paz, y así nos lo demuestran la vista de la plaza de los Señores en Vicencia, la de Abastos en Verona, y la que lleva el mismo nombre en Pádua. Observemos el aspecto sossegado con que caminan confundidas las tropas con el pueblo.

Los cuerpos que antes se hallaban diseminados ocupando los diferentes puntos que aconsejaban la táctica y la estrategia, marchan á incorporarse con el grueso del ejército; por eso vemos un destacamento de caballería que pasa las célebres Puertas de Piedra en Bohemia con este objeto.

Despues de la paz vienen los triunfos y las aclamaciones; al ruido estrepitoso de las armas se suceden la gritería, el entusiasmo, y Victor Manuel penetra en Venecia y es saludado por la multitud.

La paz era deseada; de otro modo ¿cómo se concibe el entusiasmo con que el ejército acampado en Ladendorf recibió la noticia oficial de la prolongación del armisticio? ¿Cómo concebirse el entusiasmo que produjo en Bolonia la publicación de los preliminares de la paz?

Entre los pueblos que están de enhorabuena,

debemos mencionar á los regidos hoy por el rey de Italia. Despues del aplauso con que le ha saludado Venecia, pasa á Pádua, y recibe en el palacio de Sartori á las diputaciones de las provincias de Venecia y de Trento.

Sin embargo, la paz en Alemania no revela que sea el símbolo de la felicidad general y del bienestar de todas las clases del pueblo. La mendicidad, la miseria, encuentra su industria en todas las situaciones. La miseria, sin duda, hizo concebir el pensamiento de vestir el uniforme austriaco para despojar á los cadáveres que habian sucumbido en el campo de batalla, y prueba nuestro aserto los prisioneros que conducen los prusianos acusados de este delito, y la persecución que hace la caballería á estos merodeadores en las cercanías de Theverienstadt.

Pero al lado de estas aves de rapina, se ha visto el resplandor de la caridad cristiana. Los aldeanos de Pardobitz fijan una cruz en cada sitio donde ha perecido un soldado, defendiendo los derechos de su nacion respectiva.

La paz parece asegurada; quiera el cielo dilaarla para bien de la humanidad.

LO QUE VALE UN JURAMENTO.

RECUERDOS DE CARNAVAL.

I.

¡Mujer, escribes tus promesas en la arena!

LORD BYRON.

Eran las dos de la madrugada; el baile estaba brillantísimo.

Federico Perales habia estado buscando desde su entrada en el anchuroso salon del Liceo á una máscara, que era la que motivaba su presencia allí aquella noche.

La bella Enriqueta de F.... era la única mujer que habia hecho latir su corazón, ya gastado por la borrascosa vida de estudiante.

Efectivamente, Enriqueta era una de esas mujeres que, reuniendo á una belleza fascinadora un talento bien cultivado, no se las puede tratar sin amarlas, porque sus encantos y su amabilidad subyugan la voluntad del hombre mas escéptico.

Federico la habia conocido en una de las mas aristocráticas reuniones de Barcelona, y desde el momento en que la vió la consagró su vida instintivamente, porque ante la magnética mirada de aquella mujer, se sentia atraído como el acero al iman. Federico era jóven, tenia buena figura, era elegante, tenia talento y no estaba desprovisto de bienes de fortuna. Era huérfano, y un tutor administraba sus bienes porque era menor de edad. Federico, en una palabra, era un partido aceptable hasta para las mamás mas exigentes.

Venciendo algunos obstáculos, logró por fin declarar su amor á Enriqueta, que lo aceptó con esas reticencias peculiares á las mujeres de talento.

Desde aquel día se creyó Federico el mas feliz de los mortales, porque veía su amor correspondido y á su amada orgullosa ante la sociedad de haber dado la preferencia á un jóven tan distinguido. Federico cambió de vida completamente. El, que hasta entonces habia vivido entregado á todo linaje de placeres, consagró toda su existencia al único amor puro que habia sentido, al amor de Enriqueta, en la que cifraba toda su felicidad. Tal suele ser el origen que tiene el cambio de vida en muchos hombres desarreglados.

Dulcemente trascurría el tiempo para los dos

amantes. Federico estaba concluyendo su carrera de abogado, y solo esperaba obtener el título para hacer suya á la mujer que amaba, que por su parte deseaba impaciente llegase ese día.

Era el último día de carnaval. Los bailes del Liceo eran aun en aquella época el centro de reunión de la mas escogida sociedad de Barcelona. Enriqueta, que pertenecía á la clase elevada mas por sus pergaminos que por sus riquezas, concurría á la mayor parte de ellos acompañada de su cuñada y de algunas amigas íntimas.

En la noche que ocurrió la escena de que vamos á ser cronistas, verídica en todas sus partes, Enriqueta asistió al baile. Un lazo encarnado en forma de mariposa con un corazón bordado de seda azul en el centro, colocado en su negro manto, era la señal para que Federico pudiese conocerla en medio del torbellino de provocativas mascaritas que poblaban los salones de baile y descanso del Liceo.

Federico, despues de buscarla con amoroso é impaciente afán mas de una hora, dió con ella al fin, en uno de los corredores. Enriqueta iba con su cuñada y ambas daban el brazo á dos caballeros altos y jóvenes, al parecer extranjeros. Apenas divisó á su amante, soltó el brazo del que le acompañaba, no sin apretarle antes la mano al despedirse, y se cogió del de Federico.

La conversacion de los dos amantes se la pueden imaginar nuestros lectores. Quejas, reconvencciones, reproches, por parte de Federico; protestas, juramentos, tiernas y consoladoras frases por parte de Enriqueta. El baile se concluía, los dos amantes iban á separarse. El autor de estas líneas, que por un momento se halló al lado de la enamorada pareja á última hora, le oyó pronunciar á ella con amoroso acento estas palabras.

—Te juro por la salvación de mi alma, que á nadie amo mas que á ti y que anhelo ser tuya, completamente tuya.

Un relámpago de felicidad brilló en los ojos del hombre al que se hacia este juramento.

II.

El baile habia terminado. Solo quedaba de él esa especie de anonadamiento que sigue á una noche placentera, ese dulce cansancio que adormece la sensibilidad real, para sustituirla con otra ficticia que dura muy breves horas.

Federico, despues de dejar á su amada en su carruaje se paseaba por la Rambla con el abrigo doblado sobre el brazo y el sombrero en la mano. Su sangre ardía en las venas, tenia fiebre, estaba intranquilo á pesar del juramento que le habian hecho, y un vago presentimiento le atormentaba. Habia sufrido tanto con lo poco que habia visto, que no eran suficientes las esplicaciones de su futura para compensar el horrible tormento que padecía. Federico no era celoso, de esos celosos endémicos, permítasenos la frase, amaba, y amaba de veras, con ese amor único de la vida, con ese amor que solo se siente una vez para decidir en ella la suerte de las criaturas.

Enriqueta vivía con su hermano y con su cuñada en una hermosa casa de la calle de la Merced, que como todas las de la acera derecha de dicha calle, dan vistas á la muralla del mar. Su balcon caía á una calle situada bajo la misma muralla, calle de poco ó ningun tránsito que era el teatro de sus amorosas entrevistas.

Maquinalmente se dirigió Federico á dicha calle, no con la esperanza de ver á Enriqueta, sino para procurar tranquilizar su espíritu encontrándose mas cerca de ella.

No bien hubo penetrado en el callejón que tantos momentos de felicidad le recordaba, cuando divisó un bulto negro al pié del balcon de Enri-

queta. Aproximóse con cautela cuidando de recatar su sombra, y vió con sorpresa una escala de cuerda pendiente del balcon de su futura. Un hombre empezaba á trepar por ella.

Federico no pudo contenerse y se abalanzó al escalador. Su nerviosa mano sacudió la escala con fuerza, y el que subía por ella, faltándole el equilibrio, vino al suelo. Federico se encontró frente á frente con el extranjero que llevaba á Enriqueta del brazo en el baile de aquella noche. Lo que medió entre ellos no puede decirlo el cronista, solo sí que mientras el desolado amante pedia esplicaciones al extranjero, una ruidosa carcajada sonó en el balcon y en seguida un gran portazo indicó que lo habian cerrado.

Dos dias despues anunciaban los periódicos que habia sido hallado en el paseo de San Juan el cadáver de un caballero jóven, inglés, segun se desprendia de los documentos que con valores de consideracion se encontraron en su cartera. Tenia un balazo en medio del corazon, y todo inducia á creer habia sido muerto en duelo, pues se le encontró encima su reloj y cadena y un repleto bolsillo de dinero. Federico Perales habia desaparecido de Barcelona al dia siguiente del baile del Liceo, en el que Enriqueta le juró amarle á él únicamente.

III.

Trascurrieron ocho años. Enriqueta continuaba soltera y sin consagrar ni un solo recuerdo al hombre que habia jurado amar por lo mas sagrado y cuya infelicidad habia labrado con su perjurio, tal vez con su liviandad.

En una tarde del mes de setiembre se hallaban varias personas reunidas en el frondoso jardin de una de las mas elegantes casas de recreo de las inmediaciones de Gracia. Sentados al rededor de una gran mesa de piedra que habia en el centro de un verde cenador, escuchaban la lectura de un periódico que uno de los concurrentes leia en alta voz. Eran noticias de Santo Domingo lo que se leia. Enriqueta estaba entre las señoras que componian el auditorio, todas amigas suyas. El lector leyó lo siguiente:

«Una de las mas sensibles víctimas que ha experimentado nuestro ejército lo ha sido el valiente y arrojado capitan don Federico Perales, que de simple voluntario habia conquistado su grado batiéndose con tan denodada bizarría que casi parecia provocar á la muerte. Herido de un balazo en la espalda, en la parte inferior del omóplato derecho, ha estado luchando con la muerte por espacio de dos dias. Durante este tiempo, y á pesar de los atroces tormentos que debia causarle su herida, no se le ha oido ni una queja, solo sí se le veia besar con pasion un retrato de mujer que bañaba con silenciosas lágrimas. Dicese que pertenecia á una jóven muy conocida en Barcelona, con la que tuvo amorosas relaciones en otro tiempo y la cual correspondió ingratamente á su cariño. El capitan Perales, que no tenia herederos forzosos, ha dejado todo su caudal, que se cree ascienda á mas de 80,000 pesos, á las familias de los seis primeros oficiales que hayan perecido en esta sangrienta lucha. Este último rasgo de generosidad enaltece por sí solo las nobles cualidades que adornaban á tan bravo como infortunado militar.»

Todos miraron á Enriqueta; empero ella ni se conmovió ni dió la mas leve señal de haber comprendido que el capitan Perales era el infeliz al que su perjurio habia cavado la huesa lejos de su patria.

¡Ese es el valor que tienen casi siempre los juramentos de la mujer!....

IV.

Breves reflexiones por epílogo.

La historia que habeis leído es uno de los mil episodios que la sociedad nos presenta continuamente.

Vociferan los moralistas que defienden la autonomia de la mujer; declaman porque el hombre la vende, sacude su yugo y burla su fé, le echan en cara el ser la única causa del trastorno social, de la desmoralizacion. ¡Grosero error!....

Y sino que me expliquen esos nuevos regeneradores, historias como la que acabo de contar.

El autor da fin á estas reflexiones que podrian ser interminables, repitiendo lo que ha dicho ya en otra ocasion. La sociedad seria otra cosa, con mujeres que tuviesen corazon solo para amar.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

EL DRAMA DE LA VIDA,

DIVIDIDO EN SUS CUATRO ACTOS MAS PRINCIPALES.

INFANCIA.

—Vamos, niño; levántate, que han dado las seis y tienes que repasar las lecciones.—Allá voy, mamá.—Anda, perezoso: ayer como domingo que fué, empleaste todo el dia en correr por la huerta y hoy te vas á quedar castigado.—No, señora; verá vd. que bien lo sé todo.—Así me gusta, que dejes la cama sin necesitar de nadie.—¿Estará ya dispuesto el desayuno?—No, hijo mio; primero tenemos que dar gracias, luego asearte perfectamente, y despues quedar á solas con los libros en la pieza de estudio.—¡Ay, mamá, quiero ver antes el jilguero que anoche encerró vd. en la jaula!—Ya le verás á la hora de almorzar; ahora no puedes perder tiempo.—¿Y aquellas peras tan hermosas que me dió el jardinero?—Las tengo guardadas para cuando acabes; despacha pronto y no tengas cuidado.

Cumplidos sus primeros deberes, vemos al niño emprender su repaso. Adios, alegrías de la festividad anterior, risueña floresta, árboles abundosos, cristalino manantial; aquellos tomos desencuadernados y llenos de borrones, fueron suficientes para disipar lo agradable de vuestros recuerdos. Llenos al frente de la realidad inexorable. El pequeño escolar toma á la ventura uno de los libros, titubea, le abre, vuelve á cerrarle manteniendo el dedo índice entre las hojas, y con voz aguda y cadenciosa empieza á relatar lo siguiente:

Mas ligera que el viento
Precipitada huía,
Presa en estrecho lazo
La codorniz sencilla.

Se detiene, hace un movimiento de cabeza y esclama:—¡Se me ha olvidado! lo dejaré para despues. Mejor será empezar por la geografia: en esta sí que no tengo miedo.—¿Cuáles son los rios mas caudalosos de Europa?—Los que no pueden ayunar cómodamente por edad, enfermedad....—¡Quiá! ¡Tampoco me acuerdo! ¡Y lo sabia tan bien! Voy á coger la gramática, por si acaso necesito recordar algo.—¿Qué es verbo?—El arte de hablar y escribir correctamente y con propiedad.—Me parece que no debe ser así. ¡Ay Dios mio; las siete y media, y á las ocho tengo que estar en el colegio!—La voz de su madre se oye á la parte de afuera.—¡Niño! el desayuno.—¡Mamá!—¿Qué tienes?—Cuando vayan á buscarme para almorzar que lle-

ven un pedacito de pan y me le den con disimulo, si acaso no vengo á comer hasta la noche.

JUVENTUD.

—Juan, infórmate si han aparejado el caballo negro azabache que voy á montar hoy por primera vez.—Señor, hace rato que aguarda ensillado en el portal.—Pues salgo al momento. ¡Qué animal tan hermoso! Es la noble y arrogante estampa del verdadero caballo español. Cabeza algo acarnerada, las orejas bien colocadas, los ojos llenos de fuego, el cuello grueso y las crines abundantes: ancho de pecho, el costillar redondo, piernas finas y sin pelo. No me canso de mirarle. Veremos si al andar juega bien los miembros y tiene la flexibilidad y fiereza que promete su aspecto.

Así diciendo un elegante jóven como de veinte y cinco años, se aproximó al corcel por el lado izquierdo, tomó las riendas y el pomo de la silla con la siniestra mano, colocó en seguida la mitad del pié del mismo lado en el estribo, y apoyando la mano derecha sobre el arzon trasero, montó con ligereza y salió á la calle escitando la envidia ó admiración de cuantos le vieron.

A los pocos pasos detuvo su marcha, llegó el criado afanoso á saber lo que mandaba é inclinándose el amo le dijo con interés:—Sobre la mesa de mi despacho encontrarás quinientos reales: has de llevarlos al sota-banco aquel de la calle de San Hermenegildo, y los entregarás al mismo anciano ó á la señora descolorida que te han recibido otras veces. Escuso decirte que no quiero sepán el origen de este socorro: es la familia de un profesor de matemáticas, casi ciego en la actualidad, á quien debo cuanto pude aprender en esa ciencia, y tendria un sentimiento en avergonzarme.—Confie vd. en mi reserva, señor.—Iré des-cuidado.

Siguió adelante el caballero en direccion al puente de Toledo, alegre consigo mismo y satisfecho de cuanto le rodeaba.—Soy tan feliz, iba pensando, que no es raro perdiere la memoria; mas ahora despues de haber cumplido con los demás, creo tener derecho á disfrutar la propia ventura. El dia está poco avanzado, pero ya Luisa se hallará impaciente por verme llegar. Es tan violento su cariño que nunca puedo hacerla comprender la inquietud que me consume lejos de su vista. ¡Cuántas pruebas de amor la debí la última noche que nos vimos! ¡Qué desairado papel hacia aquel nuevo pretendiente aceptado por su familia! Y pudiera ser rival temible á dar con una de esas mujeres interesadas y calculadoras, porque no hay duda que seria un magnífico partido! Pero ella es de muy elevados sentimientos para detener su imaginacion en mezquinas especulaciones.

Así entretenido llegó nuestro paseante frente á una linda quinta en el vecino pueblo de Carabanchel. La verja que cerraba el parque se hallaba entornada á la sazón: penetró sin que nadie le anunciase y vió sentados en amistoso coloquio á la constante Luisa y al desairado pretendiente, que le dejaron acercarse sin moverse de su sitio.—¡Vos por aquí tan temprano! exclamó la jóven, extraño mucho esa mudanza de costumbres!—Perdone vd., señora, pero debí suponer que era esperado.—Pues ha sido un engaño: á tales horas solo recibo á los amigos muy íntimos.—Es cierto; reconozco que llevo algunos meses de torpe; ahora solo aguardo que vd. me mande á decir, por medio de ese caballero, el que pasó en la pension donde tan mal la enseñaron á disimular su falsedad y ligereza.

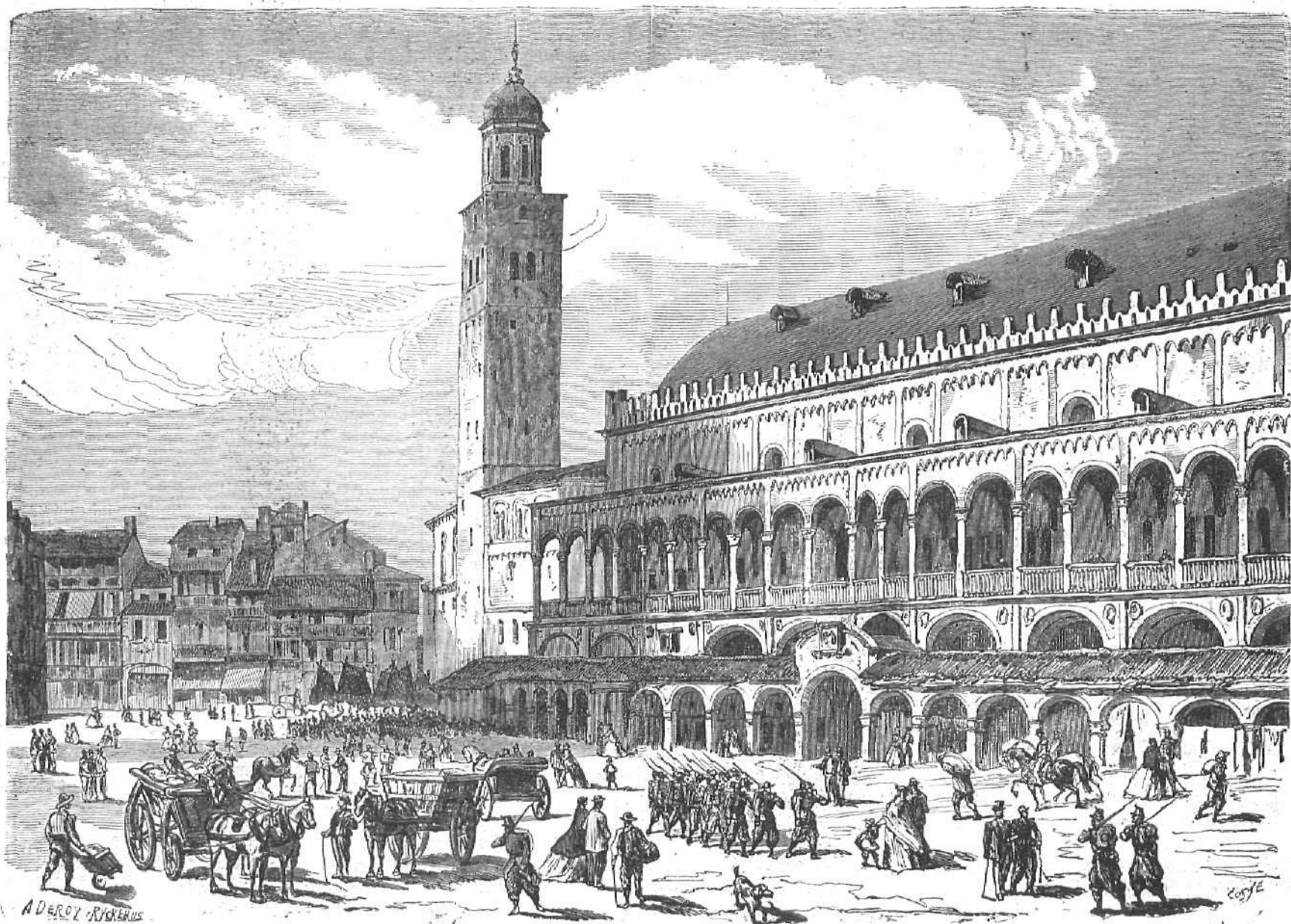
Volvió grupa sin esperar á otra cosa, y como tenia sobrada dignidad, bastó el remedio para curar su pasion; pero no dejó por eso de sufrir un amargo pesar.



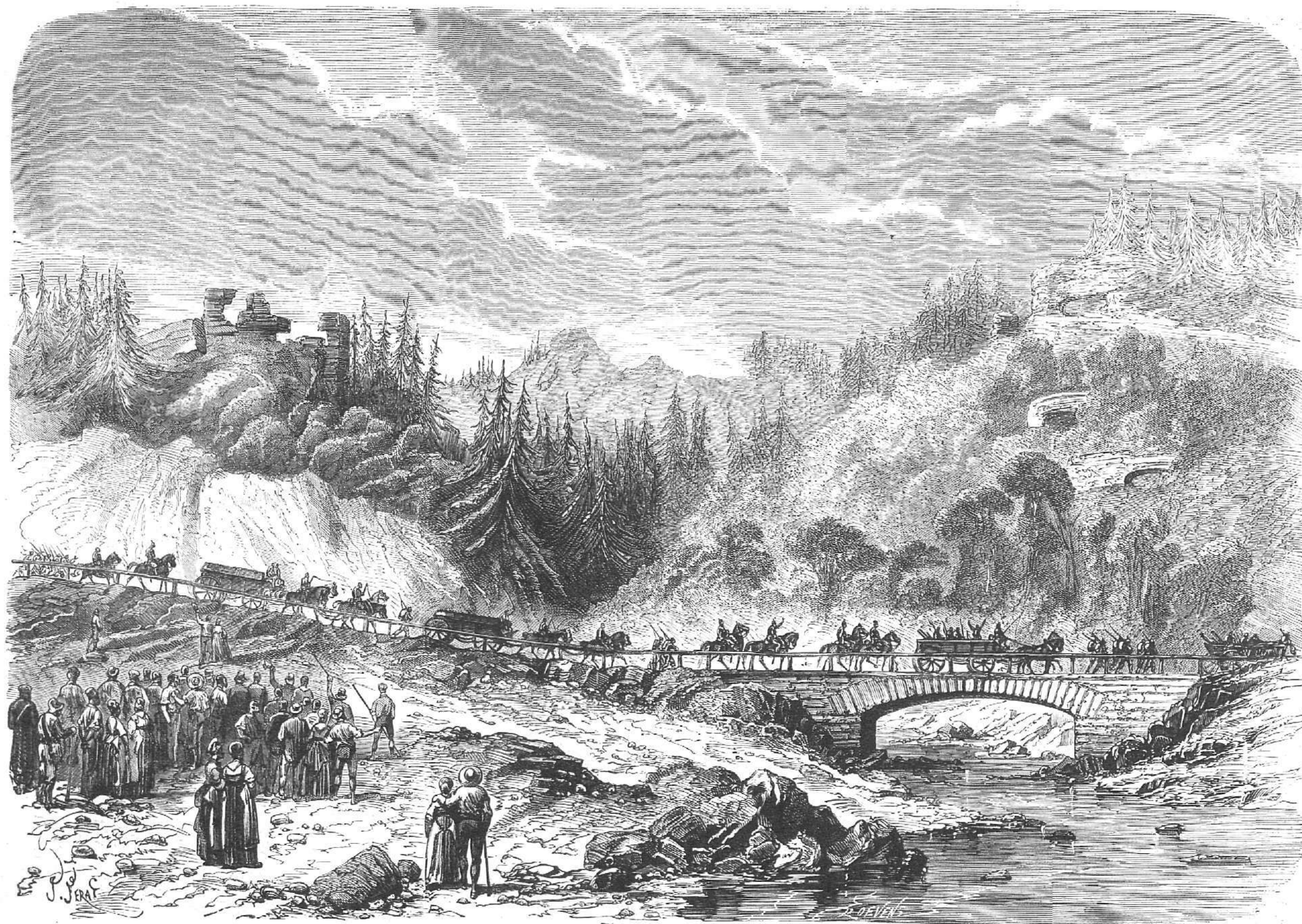
Num 2



Num 3



Num 4



Nam 5

EDAD MADURA.

A semejanza de un viajero que llegado á la cumbre de una elevada montaña vuelve atrás la cabeza, despidiéndose con sentimiento de los encantadores vergeles que han hecho agradable su camino, sin atreverse á fijar la vista en la opuesta vertiente, oculta por los densos vapores del país desconocido término de su jornada; así yo llegado al punto de la vida, donde según el orden regular, parten límites la juventud y la edad de consistencia, recuerdo con agradable sentimiento los tiempos que volaron como un alegre sueño, sin atreverme á considerar el oscuro porvenir, tan preñado de misterios y afanosas penalidades.

Cincuenta veces he conocido á octubre madurar con su tibio calor los regalados frutos, desapareciendo en este período cuanto á mi alrededor se levantaba erguido ó arrastraba humildemente; empujadas algunas cosas por el curso de los años ó bien llevadas otras en alas del aquilón que arrastra en su torbellino cuanto procede de la mano del hombre. Instituciones, individuos, literatura, costumbres, hasta la manera de discursar: nada existe; ¡todo se ha cambiado! Contemporáneos míos, paraos un poco, dirigid una mirada retrospectiva y confesadme la razón de lo que digo. Tuve familia y la perdí: otra se formó á mi alrededor á quien tal vez profeso mayor cariño; pero no es la depositaria de las primeras lágrimas, la confidente de las sencillas ideas de la niñez. Solo algunos amigos confundidos entre la nueva generación, me sirven de agradable recuerdo. Yo no sé hasta el punto que podré contar con su amistad, pero la supongo muy acendrada si la comparo con la que yo les profeso. A medida que pasan los años cobran vigor las afecciones antiguas. ¡Cuán desfigurados están mis compañeros de juventud! ¡qué trocadas aquellas lindas mujeres á quien yo conocí reinando por su hermosura y gentileza entre los muchos que se disputaban la dicha de tratarlas! Seguramente que no me hallaré mejor parado, y sin recurrir á los demás puedo encontrar lecciones de provechosa enseñanza. Dejemos pasar los féretros; olvidemos también los estragos causados por la mano del tiempo y estudiemos un poco la situación de nuestra inteligencia, bastante combatida por encontrados vientos sin brújula ni timón que la encamine á un término seguro.

Mucha parte de los nacidos en las primeras décadas del siglo, hemos sido, mas ó menos, educados con arreglo á las máximas de la filosofía volteriana, tan fatales para sus apóstoles y adeptos cuando llegaron á realizarse, como para los que teniendo obligación y poder suficiente para impedir su propagación, hicieron gala de espíritus fuertes adoptándolas como regla de buen tono, y por tanto dignas de figurar cual norma y dechado de gente bien nacida. No seguiremos adelante: debemos respetar los difuntos, y mucho mas si lo han sido de muerte desgraciada. La mayor parte de los que han podido sobrevivir á la catástrofe han dado con su retractación y conducta posterior, un testimonio solemne de la verdad, y esto basta para el que apetezca buscarla. Pero volvamos á nuestro asunto. Las doctrinas de la Enciclopedia ya no están de moda: solo algun don Abundio de aquellos á quienes el tiempo arruga la piel al compás que endurece la cabeza sin permitir salida á las ideas que una vez aprendieron como buenas, seguidos de un corto número de oyentes retrasados que juzgan nuevo lo apolillado y raído á causa de ser para ellos cosa peregrina, solo uno y otro decimos, tratan de hacer pasar como moneda corriente el falso relumbrón que á tantos quitó la luz del entendimiento allá por los años de 1789. De tan mal gusto, literariamente

considerado, es citar la paloma de Filis ó el cordelillo de Clorí, como las *Ruinas* de Volney, la *Religiosa* de Diderot ó el *Foablas* de Louvet. En cuanto á Jacobi, Brause, Kant, y demás que bajo otra forma que los enciclopedistas pasados han emprendido la misma tarea, aunque siempre aconsejaré á todo padre amante de sus hijos, que los consideren mas dañosos que la peste, no han formado nunca escuela verdadera, y los juzgo bastante poco temibles. Esa lóbrega y revesada filosofía, necesita como los hongos envenenados, las brumas y pantanos del Septentrion para desarrollarse. Y no porque lejos de allí deje de comprenderse, en cuanto es posible desentrañar el caos, sino porque la brillante y lozana fantasía de los nacidos bajo el límpido cielo de los países meridionales rechazará siempre tan embrollada nomenclatura y confusa fraseología parecida á la razón de la sin razón que critica Cervantes en su inmortal Quijote.

Como el asunto es importante, ha corrido la pluma insensiblemente empeñada en hacer palpable el cambio verificado en la manera de apreciar las producciones del genio. Para los dotados de sana crítica siempre lo bueno tendrá su justo valor, cualquiera que sea su fecha y su procedencia, pero también es seguro que la totalidad del vulgo apenas entendiera la mayor parte de las obras eminentes que hace un par de veintenas de años disfrutaban de gran favor en la opinión pública. Si no digasenos, ¿quién lee ahora, como no sea algun erudito curioso, á Campomanes, Jovellanos, Moratin, Masden y los muchos é ilustres coetáneos á quienes tan preciosos tesoros debe nuestra literatura patria?

La misma fortuna han corrido los dedicados á escribir para el teatro y á la poesía en general. Solo como rareza y mas bien como exhibición de un monumento raro, suele representarse alguna que otra comedia de Moratin. En cuanto á Cienfuegos, Jovellanos, Huerta, Ayala, etc., no hay para que buscarlos en la escena. El dulcísimo Melendez, y Arriaza tan lleno de colorido, mendigan en la tabla del naufragio á favor de ciertas preciosas canciones recordadas como por chanza en circunstancias muy raras. Iglesias ha muerto como vivía: quiso echarla de agudo, pecó en chavacano, y solo conserva séquito entre los bufones de plazuela. La revolución acaecida en las ideas era natural que influyese notablemente en el gusto público. ¿Cómo pudiera encontrar espectadores *El Café*, por ejemplo, y *El Delincuente honrado*, que parecen hechas con regla y compás, donde se aplaudían furiosamente *El Angelo*, *Margarita de Borgoña* y otros enjendros de este jaez, sin plan, concierto ni verosimilitud racional.

Pero aun lo dicho sería tolerable si el trastorno en la manera de vivir no aumentase la confusión con que batallo. Me sirven el almuerzo á la hora en que antes acostumbraba á comer la sopa: tengo que abandonar el paseo sin dar lugar á que anochezca para venir á sentarme á la mesa, sopena de coger el relente vespertino en las húmedas alamedas del Prado ó los frescos jardinillos de Recoletos, si prefiero salir de casa sin cuidado, y me se tendría por un ente estafalario si al menos de vez en cuando no trasegase á mi estómago, que jamás ha necesitado ese cocimiento, algunas tazas de té, adicionado con otros adherentes, muy buenos para darlos en cambio del estofado y ensalada que tan excelente sueño me proporcionaba en mi juventud. Verdad es que como también sería muy mal mirado acostarme antes de la una ó mas de la madrugada, hay tiempo suficiente para recogerse á la cama adormecido como un lirón á despecho de todas las infusiones conocidas por Dioscórides. Si añadiese á lo dicho que merced al ámplio vuelo y estendida cola de los vestidos de señora me veo privado de acompañar á mi mujer ó hija, pues no encuentro manera de caminar á su

inmediación, cualquiera me tendria por visionario, pero no hay cosa mas cierta. Será una pequeña incomodidad pero téngase presente que no son los mayores trabajos los que hacen mas penosa la existencia.

He conocido también alterarse el lenguaje, no diré si con beneficio ó pérdida, únicamente me pregunto muchas veces al ignorar el significado de ciertas voces, como el *yo* y el *no yo*, lo *objetivo* y lo *subjetivo*, la *síntesis* y la *antítesis*, lo *estético* y lo *inarmónico*, si por ventura soy extranjero en mi propia tierra y que necesidad habia de introducir en el idioma comun unos vocablos apenas comprendidos, sin los cuales escribieron nuestros abuelos obras clásicas en todas materias para enseñanza y admiración general. Por último, veo con sentimiento á los niños cargados de libros, fatigando su imaginación en el vano intento de retener un cúmulo de materias que para nada podrán servirles por lo sumariamente aprendidas, como no sea para imitar al mono de la fábula ostentando una charla incomprensible.

De las reflexiones anteriores debo sacar una consecuencia bien triste. Estoy fuera de mi centro y la edad me ha vuelto descontentadizo. No tengo la pretension ridícula de juzgarme perfecto en medio del extravío general. ¿Lucharé contra la corriente á riesgo de ser arrebatado? Jamás cometeré la locura de hablar en griego dentro de los muros de Troya. Si la época huye de mí, yo procuraré alcanzarla y correr con ella el tiempo que me reste de vida, advirtiéndola de vez en cuando la manera de corregir sus mas notables imperfecciones. Puede que, á semejanza del esclavo encargado de apostrofar al cónsul romano en su marcha triunfal, pierda el trabajo predicando en desierto; pero cumpliré con el deber de un ciudadano honrado, y sobre todo daré rienda á la propension murmuradora que me acosa desde que voy encaneciendo.

ANGUSTIA.

—Muchacha, entorna esa ventana, que corre un ambiente que penetra hasta los huesos. ¡Cómo ha variado la temperatura de Madrid! El invierno es interminable, la primavera no existe, el verano dura algunos dias nada mas. ¡Qué diferencia de los años de mi juventud, cuando por casualidad salia yo á la calle con capa! Y no será por falta de vigor el parecerme así, pues cabalmente lo que me agobia es un sobrante de vida que se derrama.... —Cuidado, señor, que va vd. á derramar el chocolate. Apartaré las cortinas para dar luz al despacho. —Déjalas estar; veo perfectamente, si no que vosotras teneis la costumbre de ponerlo todo donde se tropiece con ello. ¿Cómo ha pasado la noche la señorita?—Muy bien; hace rato que se halla levantada, y solo esperaba que vd. lo hiciese para entrar á saludarle. —Ha hecho mal; está delicada y debe andarse con cuidado: los jóvenes no pueden confiar en su buena salud como nosotros los nacidos en otros tiempos. Mira, cuando venga el médico á visitarla dile que no se marche sin verme, pues he pasado una noche cruel entre la fatiga y los dolores. ¡Ya se ve, el señor doctor no quiere atemperarme la sangre, y así andaremos padeciendo estos sofocos hasta que siga mi consejo! ¿Ha salido la señora de su alcoba?—No, señor; creo que permanecerá en cama hasta el medio dia. —Es natural, tiene ya muchos años y se halla la pobre muy cascada. Acércame la *Gaceta* y el *Diario* y vete, que yo llamaré si necesitare algo. Espera un momento, me ayudarás á llegar hasta aquella butaca, porque desde ayer tengo fija la gota en la pierna derecha y me molesta bastante. Vamos despacio. Así está bien. Adios.

¿Será verdad que solo debe considerarse el diluvio de males que mortifica mi existencia, como

incomodidades pasajeras, ó habrá llegado á su desarrollo el germen de aniquilamiento con que todos venimos al mundo? ¡Ah, no hay duda! Las facultades me faltan una por una, y el obstinado y largo combate sostenido por tantos años entre la vida y la destrucción, terminará muy luego á favor de la última. Es necesario acostumbrarse á esta idea. Meditemos en ella.

¡Muerte! palabra terrible: aun no me había atrevido á pronunciarla. ¡Necio temor! En verdad que al reflexionar las agitaciones, trabajos y penalidades de que nos libras, juzgo que te calumnian los que te pintan como un enemigo. Quiero mas bien considerarte como un ángel que viene á dormirmos en su seno para despertar en otro mundo mejor, donde libre el espíritu de los groseros lazos de la materia, celebra su triunfo ante la presencia del Eterno, mientras en este pobre planeta, que tan pequeño nos ha de parecer entonces, encienden antorchas fúnebres y vierten amargo llanto. ¿Por qué? Por la exaltación de un alma á la patria celeste, de donde vivió desterrada.

Todo esto es cierto; pero tambien lo es que á ese triunfo ha de preceder un juicio severo, y que fuera temeridad culpable considerarse limpio de mancha.—Mas lo fuera desconfiar de la misericordia del Padre universal, cuando con arreglo á nuestras fuerzas hemos observado su santa ley.—Somos frágiles por naturaleza y concebidos en pecado.—Nunca la tentación es superior á la gracia para resistirla.—El Hijo del hombre tembló al aproximarse la hora.—Su espíritu estaba pronto aunque la carne era flaca, haz tú lo mismo y serás feliz.—Dios te ha iluminado, pensamiento mio. Ya se acabó el dudar: de mí depende el proporcionarme la muerte del justo: los que lograron alcanzarla no habian sido mas favorecidos que yo por la Providencia divina: eran formados del mismo barro quebradizo y sujetos á las mismas imperfecciones: sin combate no hay victoria. Ea, pues; empecemos con ánimo resuelto á sujetar la envejecida concupiscencia, y cuando el dolor reuterza nuestros miembros, ó cuando la postrer agonía, sofocando los espíritus vitales, quite á la voz el uso necesario, acordándonos de que la corona será mas preciada cuanto el tránsito mas penoso, repasemos en la mente aquella tierna jaculatoria: Señor, tened compasión de mí, pues estoy enfermo.

DIONISIO CHAULIÉ.

Damos cabida en EL GLOBO, á la siguiente bellísima poesía de nuestro antiguo y querido amigo el señor don José Zorrilla, no obstante haberla insertado los periódicos de Valladolid y alguno de la corte, persuadidos de que obras de esta clase deben ocupar un puesto preferente en publicaciones de la índole de la nuestra.

DIOS.

Porque no ves á Dios, ¿no crees, ateo?
Yo creo en él porque do quier le veo.
Ciego nacer debiste
Puesto que dices que jamás le has visto;
Yo, aunque jamás le viera, de que existe
¡Tendría convicción, porque yo existo!
Y mi sola existencia
Me revela su Sér y Omnipotencia.
Probarme que no le hay te es imposible:
Luego que existe Dios es infalible.
Esta alma oculta que mi cuerpo anima,
Que le da movimiento, inteligencia,
Palabra y voluntad, cuya existencia
Siento cernirse de mi polvo encima,
Debe ser una chispa de su esencia,
Mi alma tiende hácia Dios, Dios es su centro:
Luego hay algo de Dios de mi alma dentro.

Cuando dentro de mí y en torno mio
Suena con voz, con movimiento gira,
Brotando germen y con sér respira
En la tierra, en el mar ó en el vacío,
Desde el sol hasta el átomo mas leve,
Todo prueba que hay Dios, que haberle debe.
¿Tú no le ves? ¿No crees en él, ateo?
Te compadezco, porque soy tu amigo
Por ser tu hermano en Dios, mas ven conmigo,
Ven el libro á leer en que yo leo
La existencia de Dios; si no consigo
Que tú le veas donde yo le veo
Y que creas en él como yo creo,
Renunciaré á la fé que en él abrigo.

I.

Ateo, ¿crees en tí? ¿tienes conciencia
De que tienes un cuerpo que respira,
Que oye, que ve, que siente la existencia
Material? ¿A tu cuerpo crees que inspira
Otra oculta incorpórea inteligencia
La voluntad que con tu cuerpo gira,
Piensa, quiere, ama, odia, cree y razona?
En fin, ¿crees ó no crees en tu persona?

Sí, porque es imposible que no creas
Que vives, que tu espíritu en tí existe;
Y que un alma hay en tí fuerza es que veas,
Puesto que tú á tí mismo no te hiciste;
Y pues tú no has podido hacer que seas
Por tí, hay alguno por quien hecho fuiste;
Si tú sér por sí mismo ser no sabe
¿Quién del sér de tu sér tiene la llave?

Alguien te dió el espíritu que tienes,
El alma noble que tu cuerpo anima:
Y ese sér superior de quien tú vienes,
Para que en tu alma espiritual imprima
La inteligencia que en tí sér mantienes,
De tu sér es preciso que esté encima,
Que una esencia que tú sea mas pura,
Pues él es Criador, tú criatura.

¿Y quién mayor que tú, rey de la tierra,
Que la visible creación dominas,
Que sondas los misterios que en sí encierra,
Que el curso de los astros examinas,
A cuya mano señorial no cierra
Ni el mar sus senos, ni el peñón sus minas,
Y ante quien solo está, tras de su velo
De impenetrable azul, cerrado el cielo?

Y allí ¿qué puede haber mas que esa esencia
De quien dependes tú, el Sér perfecto,
El Criador, la suma Omnipotencia,
La causa de quien eres el efecto;
Dios, en fin, de quien prueba la existencia
Tu ser mezcuno de su Sér respecto:
Dios, el gran Sér de quien tu sér hubiste?
Luego si existes tú, tú Dios existe.

II.

Con que, si crees en tí, cree en Dios, ateo;
Yo creí siempre en Dios, porque en mí creo.

¿No crees aun? Pues mientes ó te engañas
Cerrando á mis razones los oídos,
Juzgándolas sofismas ó patrañas
Por fiarte no mas de tus sentidos;
Mas voy á remover en tus entrañas
Sentimientos que tienes escondidos
En ellas, donde aun hasta estas horas,
No has osado mirar, si los ignoras.

¿Has visto algun cadáver en tu vida?
¿Has pensado por qué la carne inerte,
La materia del alma desprendida
Se disuelve en las manos de la muerte?
Su parte espiritual, ¿adónde es ida?
¿Quién rompe union al parecer tan fuerte?
Si tal viste una vez, afirmar puedo
Que ante pregunta tal tuviste miedo.

¿Te hallaste alguna vez en las tinieblas,
Entre ese velo lóbrego, impalpable,
Cuyos pliegues múltiples de nieblas
Tupan la oscuridad impenetrable?
Su lobreguez, que de quimeras pueblas
Por un instinto interno, inexplicable,
Con su tiniebla que vacía estaba
¿Por qué te dió pavor? ¿quién te le daba?

¿Qué había en el cadáver arrancado
De su espíritu ya, qué es lo que había
Para tener el tuyo amedrentado
En la desierta oscuridad vacía?
Detrás de aquel cadáver olvidado
Y en aquellas tinieblas se escondía
La presencia de Dios, y su presencia
Te probaba temblando tu conciencia.

Juez severo, tenaz, incorruptible
Que en nuestro propio corazón se esconde,
A quien la acción mas leve reprehensible
Juzgar de nuestra vida corresponde:
Voz que dentro del alma habla invisible
Y que sin preguntarla nos responde,
La conciencia nos prueba eternamente
La existencia de Dios, siempre presente.

III.

Oye la voz de tu conciencia, ateo,
Y creerás como yo, que la oigo y creo.

El mundo es una máquina: mas tiene
Una fuerza motriz que en él impresa
Desde su creación, obrando viene
Con regularidad que nunca cesa:
Jamás su movimiento se detiene
Ni obstáculo jamás se le atraviesa.
¿Quién le infunde esa fuerza inextinguible?
¿Se la da él á sí mismo? Es imposible.

Todo en él es caduco, deleznable;
Todo comienza en él, pasa y concluye;
No hay parte de existencia perdurable
De las que con su todo constituyen;
Y esa fuerza motriz, infatigable,
Que se la imprime otro poder arguye,
Increado no es: su sér interno
En sí mismo no tiene: fuera eterno.

Y que eterno no es, es cosa clara
Pues cuanto nace en él pasa y perece,
Destruyéndose, incomprensible, rara,
Su máquina que nunca se entorpece,
Que jamás se equivoca ni se para,
Tan solo como máquina aparece;
Mas en el sér de máquina se explica
El sér de un constructor que la fabrica.

Máquina y constructor á un tiempo mismo
No puede ser, ni aun tiempo criatura
Y criador. Sé lógico, ateísmo,
Y salir de este dedado procura:
Mas cuenta que tras él se abre otro abismo.
Tras las mil maravillas de su hechura,
La creación, que encierra tanto hechizo
¿Qué tiene? Un Criador, que es quien la hizo.

Máquina ó criatura, es evidente
Que autor ó creador fuerza es que tenga
Que, á ella superior é inteligente,
Su mecanismo material sostenga:
Y este sér, superior, omnipotente
Tiene que ser, pues ser quien la mantenga
No puede material como su obra:
Con que le falta un Dios ó el mundo sobra.

¿Hay mundo?—Sí.—Luego hay un Dios. Ateo,
Mira al mundo ante Dios, cual yo le veo.

IV.

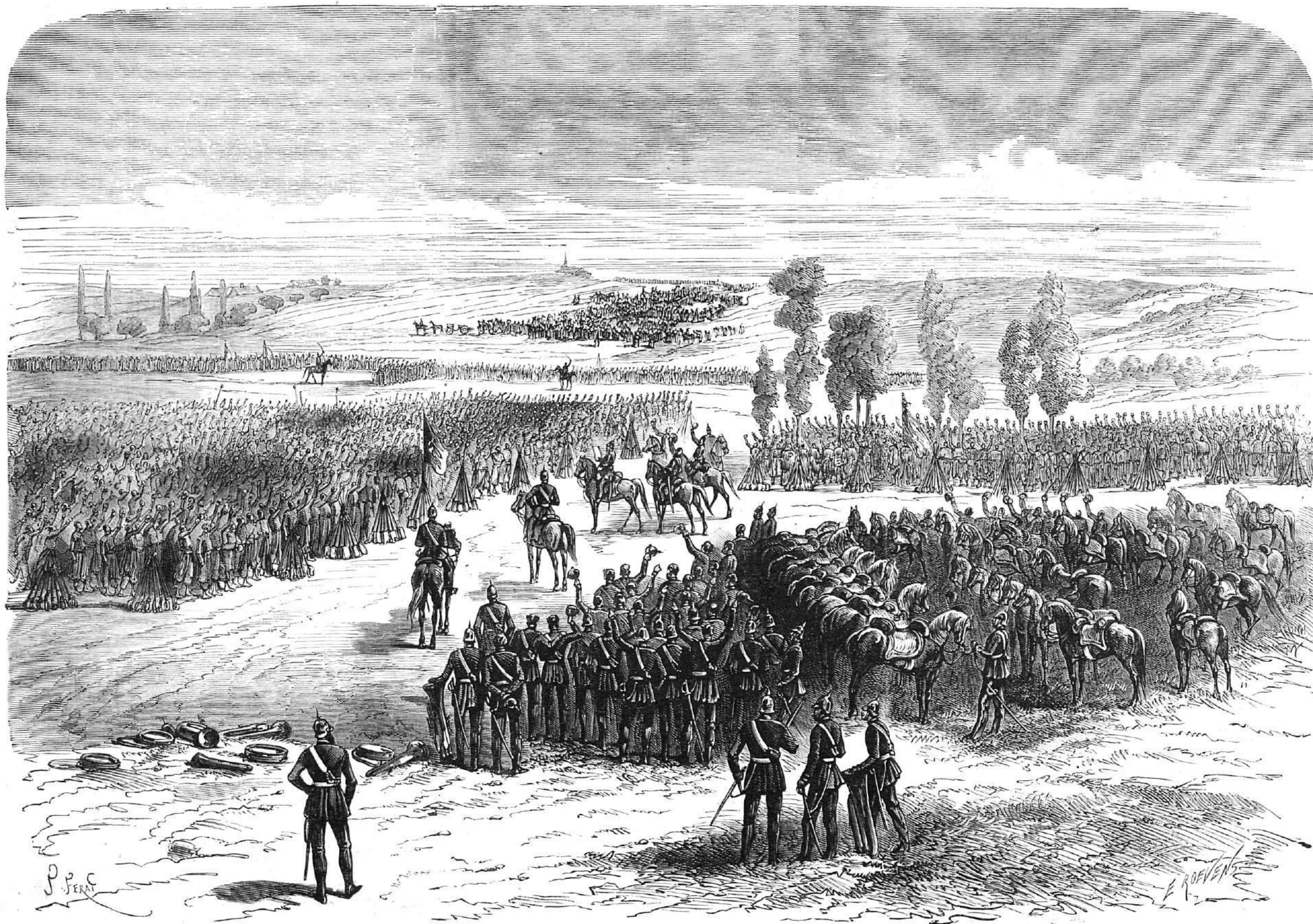
Ese vital perpétuo movimiento
Que en marcha uniforme, igual, tranquila,
Anima, tierra, sol, mar, firmamento,
Cuanto en la inmensa creación se apila,
Cuanto es del mundo parte ó elemento,
No es el febril temblor con que vacila
Sin voluntad un trémulo convulso;
Tiene que proceder de ajeno impulso.

Todos los dias por detrás del monte
Su luz nos trae y en el Oriente toca,
Todas las tardes baja al horizonte
Y se hunde el sol tras de la opuesta roca;
Tiene horas fijas; á esperarle pónete;
El no falta jamás ni se equivoca;
Que nuestro globo gire ó que él se mueva,
Alguien nos trae al sol, alguien nos lleva.

Todas las primaveras cubren de hoja



Num 6



Núm 7

Los árboles, de mieses la llanura:
La tierra flores en abril arroja;
Del estío al calor frutos madura;
Al frío de diciembre se despoja
De su fértil y verde vestidura;
Mas flores, fruto, mies, nieve ó turbiones
Solo á su tiempo traen las estaciones.

Si una máquina fuera hecha al acaso
Y que al acaso nada mas marchara,
Se entorpeciera alguna vez un paso,
Se detendría alguna ó tropezara;
Mas no sufre desórden ni retraso
Jamás; nunca se turba ni se para;
Alguno es fuerza que su marcha rija,
Y tiene que ser Dios quien la dirija.

El movimiento universal del mundo
Recibir de su Dios su impulso debe;
El perenne calor que en lo profundo
De la tierra sus gérmenes promueve,
Ese jugo prolífico y fecundo
Que de las lluvias infiltradas bebe,
Deben tomar su creadora esencia
De un Dios, germen primero de existencia.

Del movimiento universal, ateo,
¿No ves la fuerza en Dios? Yo sí la veo.

V.

Ese órden admirable con que todo
Prueba en la creacion que hay un sistema,
Del cual cada elemento va á su modo
Parte á formar con precision extrema,
Do hasta el vapor mas leve que del lodo
Se exhala tiene una razon suprema
De ser, y contribuye á la armonia
Universal del mundo en que se cria.

La creacion, espléndido palacio
Que, para prueba y gloria de sí mismo,
Fabricó el Criador en un espacio
Que era solo de sombras un abismo
Y en el cual, como chispas de topacio,
Lanzó con misterioso mecanismo
Mundos de luz, que en infinita copia
Giran con propio ser y con luz propia;

Y esa tierra que rueda en el vacío
Con negra aparicion en medio de ellos,
Como un fantasma pálido y sombrío
Que va errando á través de sus destellos,
Por cinturón llevando un mar bravío,
Mil selvas ondulantes por cabellos,
Dejando tras de sí vagos rumores
Y una estela de aromas y vapores;

Esta tierra que lleva exactamente
En derredor del sol medido el paso,
Saliéndole á buscar por el Oriente
Y yéndole á dejar por el Ocaso,
Para que el seno fértil la caliente
Y la abra, como flor puesta en su vaso,
Ofreciéndonos luego, madre tierna,
La que nos guarda nutrición materna;

Esta tierra que acordes vivifican,
Cuando en marcadas estaciones llegan,
Tempestades que su aire purifican,
Lluvias tranquilas que sus plantas riegan,
Pastos que sus ganados multiplican,
Mareas que equilibran y sosiegan
Sus mares que la prestan contrapeso
¿No prueban que hay un Dios que hizo todo eso?

—

Ríndete, pues, á la evidencia, ateo,
Y cree por fin en Dios como yo creo.

VI.

Si que hay Dios: su existencia está palpable
En cuanto el hombre con su mente abarca,
De este mundo en la fábrica admirable,
Del cual le instituyó dueño y monarca.
Nada hay en ella que de Dios no le hable,
Todo en la tierra su presencia marca,
De cualquier elemento en el sistema
Se vé del Criador la ley suprema,

Dios pobló el mar de monstruos y de peces
Y le alfombró de perlas y corales,

Y El del vapor de sus salobres heces
Crea en la tierra dulces manantiales:
Y El sus aguas arrastra y las da creces
Hasta que son al fin ríos caudales:
Qué, volviendo á buscar su centro mismo,
Vuelven del mar al turbulento abismo.

Dios acordó entre sí cada elemento
Para el fin de sus planes creadores,
E, invisible abanico, oreo el viento
Verbas, arbustos, árboles y flores;
Da el sol del aire á la humedad fermento
Y á todo con su luz vista y colores:
Todos los elementos, obedientes
A Dios, son de su Ser, pruebas latentes.

Todo en el mundo su existencia prueba,
Todo en la creacion su gloria canta:
Todo la marca de su mano lleva,
Todo se postra en su presencia santa,
Todo nuestra alma á nuestro Dios eleva
Y á dar de él testimonio se levanta:
Y en cuanto hay en los mundos existente,
La existencia de Dios está patente.

Dios Criador, Espíritu supremo,
¿Hay quien pueda dudar de tu existencia?
¿Hay quien la niegue estúpido ó blasfemo,
De sí mismo y tus obras en presencia?
¿Hay ceguera que raye en el extremo
De no reconocer tu Omnipotencia
En esta noble fábrica del orbe,
Donde nada hay que huelgue ni que estorbe?

VII.

Todo prueba que hay Dios; búscale, ateo,
Y en todo le hallarás como yo le hallo:
Verásle en todo como yo le veo,
Y harás como yo al fin, que no batallo
Con mi fé en El, que en su existencia creo
Y en su presencia me prosterno, y callo.

JOSÉ ZORRILLA.

CRISTETA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON I. A. BERMEJO.

(Continuacion.)

XII.

¿Qué imprudentes! pensaba Bathilde; ellos mismos se entregan. ¿Y cómo prevenirlos?... ¡Ah! no me queda mas que este recurso.

Sentóse al lado de la mesa y escribió sobre un diario. Belgrano, que habia conducido á Vedia y á Dolowiske hasta la puerta de la sala, regresó en este momento hácia donde se hallaba Bathilde, y al verla ocupada en escribir se colocó al otro lado de la mesa, y despues de un momento de silencio dijo:

—Perdonad, señora.

Bathilde que le habia estado observando con el rabillo del ojo, fingiendo ser sorprendida, se levantó dejando su diario sobre la mesa, y exclamó:
—¿Cómo, caballero!... ¿todavía estais aquí?
—Si os molesto....
—De ninguna manera, repuso Bathilde; pero creí que me encontraba sola, y trazaba en mi cuaderno algunas palabras.

Belgrano miró al libro que estaba colocado á su derecha y dijo:

—Reconozco ese libro, ó ese cuaderno como vos le llamais; es el mismo de esta mañana, que contiene vuestras meditaciones, vuestras observaciones relativas á los acontecimientos del día, del mes, vos me lo habeis dicho.

—Teneis muy buena memoria, contestó Bathilde sonriendo.

—Muy buena, señora; pero añadiré un defecto á esa cualidad, que tal vez me condene á degenerar en vuestra estimacion; soy además muy curioso.

—¿Sois muy curioso? preguntó Bathilde riendo.

Y Belgrano mirando el cuaderno continuó:

—Muy curioso; estremadamente curioso!

—¿Ese es un mal, caballero! respondió Bathilde con acento de reconvencion. Esa es una cualidad que se me ha olvidado anotar.

—¿Cómo! exclamó Belgrano gozoso y apoderándose del cuaderno. ¿Será posible que os hayais dignado de ocuparos de mi humilde persona?

—¿Qué haceis? preguntó la jóven fingiendo alarmarse.

—Dejadme, yo os lo suplico.

—Os lo prohibo, caballero.

Y al mismo tiempo se decia interiormente:

«Eso es lo que yo queria; ya está prevenido.»

En este momento entró un jóven vestido de paisano, pero cuyo aspecto revelaba que pertenecía á la milicia, y llamando aparte á Belgrano le entregó una carta. Belgrano preguntó:

—¿De parte de quién?

El jóven miró á todos lados con precaucion poniéndose el dedo en la boca, mientras que Belgrano le observaba con asombro.

—¿A qué viene ese aire misterioso? preguntó. Puedes hablar sin recelo delante de esta señora.

—Esta carta, dijo el mancebo portador, la ha dado una jóven muy bonita.

—¿Una mujer! exclamó Bathilde con emocion.

—Que yo no conozco, añadió el recién entrado; pero que acaba de llegar con un caballero que tenia todas las señales de un pedante.

—El secretario del virey, sin duda, exclamó Belgrano.

El mancebo continuó:

—Yo, que pertenezco á la hostería, entraba en su aposento para pedir sus órdenes.... «En vuestro acento, me dijo, veo que sois un compatriota, un americano.—Yo me lisonjeo de ello.—¿Puedo fiarme de vos? El señor Belgrano está en esta posada?—Desde esta mañana.—Os suplico que le entregueis este billete á él solo.

—¿Qué significa esto? preguntó confuso Belgrano.... Pero no digais mas.

Y dándole unas cuantas monedas de plata, hizo señas para que se ausentara.

Cuando quedaron solos Belgrano y Bathilde, aquel abrió en seguida la carta, y pidiendo la venia de la jóven leyó en silencio: á la mitad de la carta habia llegado cuando exclamó:

—¿Qué horror!

—¿Qué es eso? preguntó Bathilde con ansiedad.

—Que nos amenazan nuevos peligros, respondió Belgrano.

—¿De veras?

—Pero no me asustan, prosiguió Belgrano: al contrario, duplican mi valor.... Ya no soy yo solo; tambien tengo que defenderos. Nosotros no tenemos secretos para la sobrina del baron de Corwisthe. Mirad, señora.

Le presentó la carta, y Bathilde la rechazó diciendo:

—¿Caballero!

—Leed, dijo con instancia Belgrano: yo os lo ruego.

Bathilde tomó la carta y leyó:

«Deseo y temo que reconozcáis la mano de donde procede este aviso. Tal vez cometo un desacierto al dároslo; pero me parece que seria mayor omitiéndolo. Cualesquiera que sean vuestros proyectos; si es que los teneis, renunciad á ellos en nombre del cielo, porque sois muy vigilado. Un espía terrible, llamado Dolowiske observa todos vuestros pasos. Auxiliado por una jóven intrigante, cuyos encantos se elogian mucho lo mismo que su destreza, ha jurado....

Aquí se detuvo Bathilde, y exclamó casi llorando:

—¡Qué mala me siento, Dios mío!

—Reponeos, exclamó Belgrano; tranquilizaos. Todavía no hemos caído en su poder.

Bathilde prosiguió su lectura:

«Este complot, me lo ha dado á conocer la casualidad, y si vos adivinais de donde procede este aviso, conoceréis que es verdadero. Aprovechaos de él, es el único premio y la única recompensa que espero.»

—Ya lo veis, señora, dijo Belgrano, estamos cercados de peligros, de delatores; nosotros descubriremos á ese Dolowiske; para ello no necesitamos mas que un indicio.

Bathilde temblaba recordando lo que habia hecho.

Y Belgrano decia:

—¡Si llega á caer en nuestras manos!

—¿Qué pensais hacer entonces? preguntó Bathilde con ansiedad.

—El interés general, antes que todo, respondió Belgrano: le levantaré la tapa de los sesos.

—¡Cómo! exclamó Bathilde aterrada.

—¿Qué teneis? preguntó Belgrano.

—Nada, contestó Bathilde conmovida. No hablemos mas del asunto. Tomad vuestra carta. Solamente os pido que me devolvais ese cuaderno.

—¿No me habeis dado permiso para leerle? preguntó Belgrano sorprendido.

—Es verdad, contestó Bathilde, pero quiero tenerle en mi poder.

—¿De dónde procede este cambio tan repentino? preguntó Belgrano, ¿Será tal vez la causa esta carta?

—¿Quién sabe?

—¡Ah! ¡si fuese verdad! exclamó Belgrano con acento de alegría, sospechando en Bathilde un movimiento celoso. Si yo fuera tan dichoso.... Me seria tan fácil tranquilizaros.... probaros que este escrito ha sido dictado solo por la amistad. Sí, señora, yo os lo confieso, he conocido sin hacer grandes esfuerzos la mano que le he trazado; es la de una amiga á quien aprecio, con la cual he sido educado, cuyas virtudes, cuya nobleza, cuyo rango elevado piden estimacion y respeto. Puede ser que yo le hubiera debido mas; puede ser que su generosa amistad hubiese merecido mas todavía, pero jamás he conocido á su lado ese amor que habia soñado mi corazon, y que ha hecho nacer una mirada vuestra.

Bathilde temblaba y no decia mas que....

—¡Caballero!....

Y Belgrano preguntó cariñosamente:

—Y ahora, señora, ¿tendré que devolveros vuestro cuaderno?

Bathilde ocultando su rostro para no revelar su emocion exclamaba:

—¡Ahora mas que nunca!

—¿Qué escucho? pregunto Belgrano; ¿no hay esperanza? Este es vuestro cuaderno, señora; pero pensad que al tomarle, será confesarme que lo que contiene me haria demasiado dichoso.... ¡Viene gente!

Bathilde cogió el cuaderno, y Belgrano exclamó lleno de gozo:

—¿Qué haceis, señora?

Bathilde aturdida respondió:

—¡Ah! guardaos de creer....

—Todo lo creo, dijo Belgrano; vos lo habeis dicho. Pero aquí vienen Vedia y el baron.

Y Bathilde huyendo para encerrarse en su aposento decia:

—¿Qué es lo que va á ser de mí?

XIII.

Con efecto, Dolowiske entraba con Vedia diciendo:

—Y bien, amigo; os esperábamos, pero durante vuestra ausencia no hemos perdido el tiempo; he-

mos concertado acerca de los puntos principales; y ya lo sé todo, excepto la hora del ataque, y el punto sobre el cual han de dirigirse primeramente nuestras tropas.

—Ahora lo concertaremos, dijo Belgrano, luego que estemos todos reunidos; pero es necesario antes que nada que redoblemos nuestra vigilancia y nuestra discrecion, pues acaban de hacerme saber que tenemos cerca de nosotros un espía temible, un tal Dolowiske. ¿Le conoceis?

Esto preguntaba Belgrano, dirigiéndose al alemán, el cual respondió inmediatamente:

—¿Cómo quereis que yo conozca semejantes hombres?

Vedia se puso en actitud de recordar y decia poniendo el dedo en su frente:

—Dolowiske, Dolowiske.... ¡esperad! ¡nos será fácil conocerle!

—¿Qué decis? preguntó Dolowiske disimulando su turbacion.

Y Vedia continuó:

—Por lo menos tenemos los medios de descubrirle, por estos papeles que esta mañana me remitió el posadero: iban dirigidos al señor Dolowiske. Miradlos.

Y mostraba el sobrescrito.

—¿Qué será de mí? pensaba el alemán.

Vedia se disponia á romper el neta, y Belgrano exclamó:

—¿Qué vas á hacer?

—Romper el sobre y abrir estos papeles: un espía esta fuera de la ley, fuera del derecho de gentes.

Con efecto, Vedia abrió los papeles y leyó:

—«Mein Her» Esto está en alemán. ¿Sabeis vos alemán? preguntó á Dolowiske.

—¿Yo?... ni una palabra; repuso prontamente el interpelado.

—Ni tampoco nosotros, dijo Vedia. Y entonces ignora para que va á servirnos todo esto. Sin embargo... aquí veo una carta de remision. Es de un posadero de Cádiz, y se puede leer; anuncia que Herman Dolowiske, antes de morir....

—Al escuchar esta última palabra, Dolowiske no pudo evitar un movimiento de sorpresa.

—Dice, continuó Vedia, que habia rogado de transmitir los papeles adjuntos á su hermano Pedro Dolowiske, residente en Buenos-Aires.

—Los veremos, dijo Dolowiske alargando la mano.

—¿Para qué los quereis, si no sabeis alemán? dijo Vedia.

—Teneis razon, contestó Dolowiske.

—Acaso podamos encontrar alguno que sea mas sabio que nosotros, dijo Belgrano.

—Dices bien, repuso Vedia; aquí están los papeles; tómalos, y, si como lo espero, nos dan indicios acerca de nuestro vigía, yo me encargo de romperle la cabeza.

—Y en eso hareis muy bien, dijo Dolowiske.

—No hay remedio, insistió Vedia.

Belgrano y Vedia se separaron del alemán para entrar en su aposento. Cuando Dolowiske quedó solo; se sentó, y comenzó á hablar consigo mismo de la siguiente manera:

—Allá lo veremos.... Alerta, amigo Dolowiske; no hay tiempo que perder. Cuando se tiene una buena cabeza y se sostiene bien sobre los hombros, no hay mas que un medio para defenderla y es, poner en peligro la del enemigo, y esto no tardará mucho en verificarse. Ya tengo bastantes materiales para que los prendan, y haciendo conocer al virey lo que yo ya he sabido respecto á sus proyectos.... Pero mi pobre Herman, hermano mío, ¿era de esta manera como yo habia de saber tu muerte? ¿No atreverme ni aun á reclamar esos papeles, donde sin duda ha trazado su última voluntad, y su último adios!

Esto lo decia un tanto conmovido, y procuran-

do enjugar una lágrima dudosa que resbalaba por su mejilla.

—Vamos, se dijo poniéndose de pié. No es esta la ocasion de llorar su muerte; lo que es necesario, es vengarla con el comun enemigo, con todo el mundo, empezando por estos.

En este instante se sentó á la mesa y se puso á escribir, á cuyo tiempo salia Bathilde de su aposento.

(Se continuará).

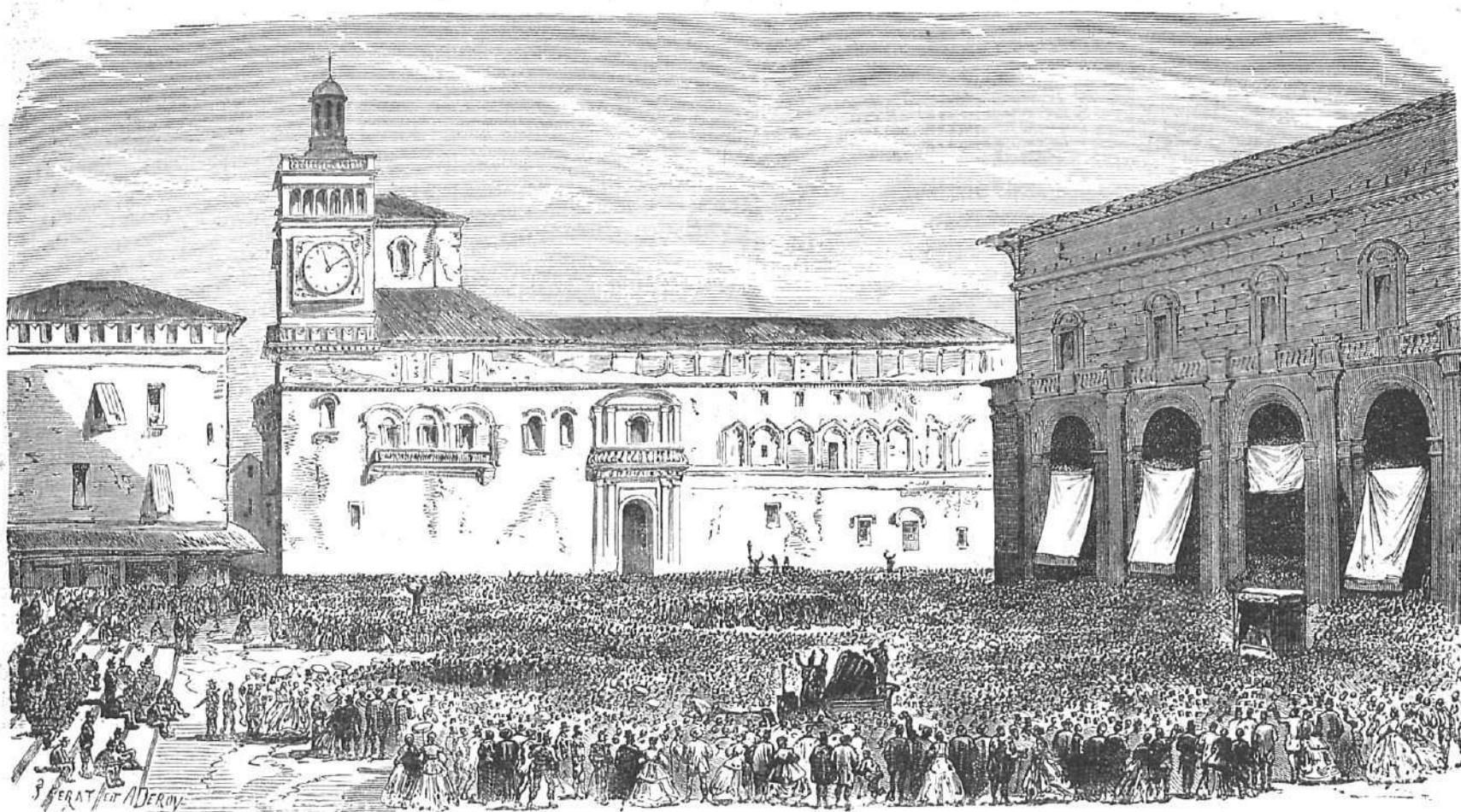
DE LA IMAGINACION.

Una de las fuerzas del humano entendimiento que ejerce el poder mas despótico en todos los actos de nuestra vida, es indubitablemente la imaginacion. Ella realiza todas las ilusiones; realiza todos los delirios; seduce la razon; somete á su dominio los sentidos; oprime los corazones; encadena todas nuestras facultades intelectuales, y cambia visiblemente el curso ordinario de todas las cosas, dando un aspecto ya triste, ya halagüeño, á los hechos que ella misma supone ó inventa. En fin, la imaginacion es la gran potencia seductora de las almas; que irrita ó inflama, ó apacigua las pasiones; que inspira terrores pánicos á los espíritus débiles; que da alas á la supersticion y á una multitud de recelos, sospechas y conjeturas, que carecen de todo fundamento. La imaginacion exalta la mente; altera las funciones de nuestra vida; produce enfermedades en los cuerpos mas sanos; nos presenta á la vista con colores engañosos y que seducen, los objetos mas feos y repugnantes. La imaginacion tiene bajo sus órdenes todo el universo; mas ligera que el viento, atraviesa los mares, las montañas, los bosques y penetra hasta en las entrañas de la tierra. Toma paulatinamente proporciones gigantescas, y puebla el mundo de seres que no existen ni han existido jamás. La imaginacion da al espíritu una movilidad asombrosa; le eleva y trasporta hasta las nubes; pone en inmediato contacto los objetos mas distantes, las cosas mas opuestas y variadas, y sirve de base á la poesía, á la pintura, á la música, comunicándolas bellezas y encantos, que tienen algo de sobrenatural, porque las reviste de formas cada vez mas lisonjeras.

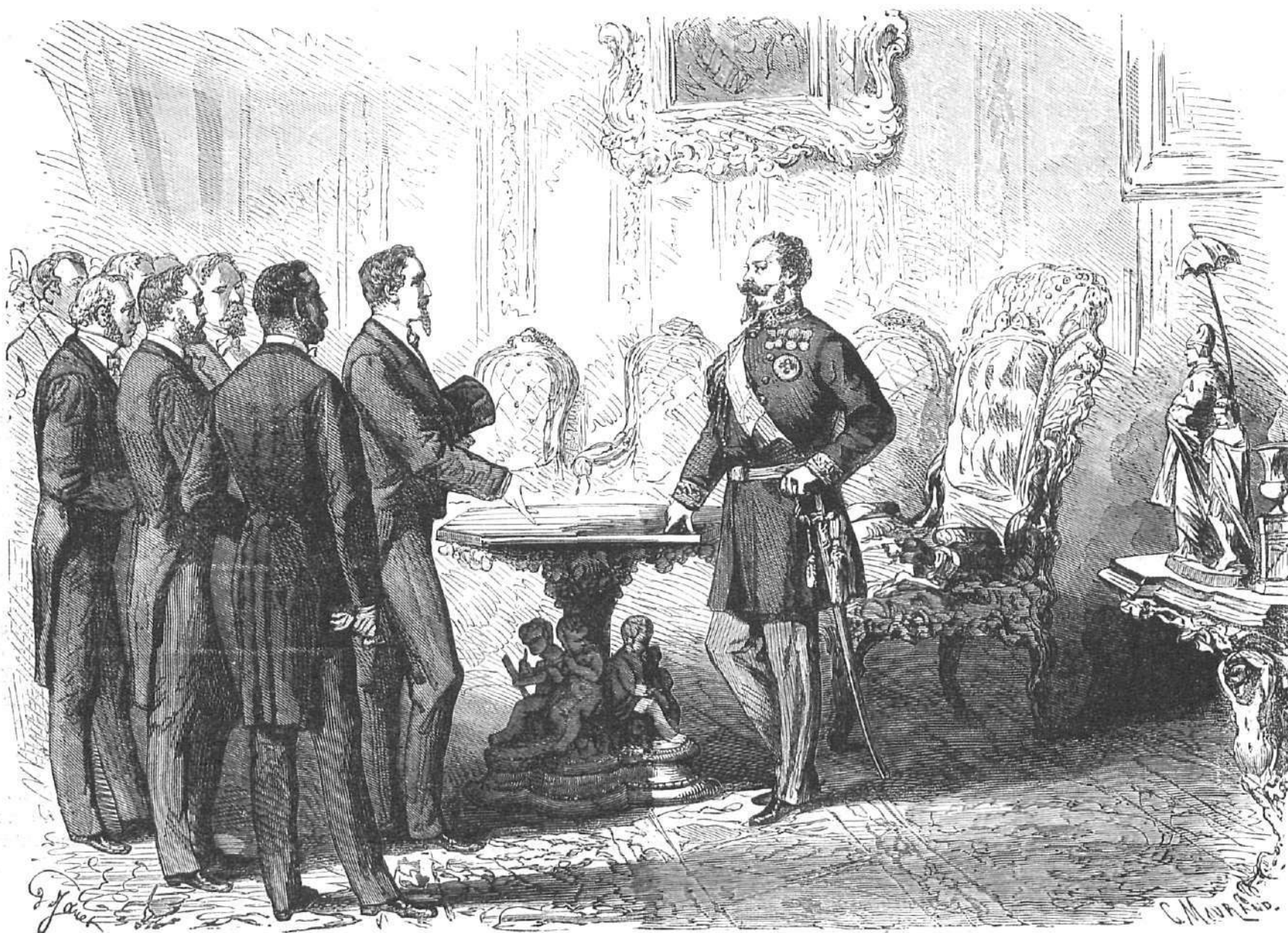
Virgilio nos describe en elegantes y armoniosos versos la sombra de Héctor, que aparece en sueños al piadoso Eneas, con su larga cabellera ensangrentada, pálido y macilento el rostro: el mudo lienzo presenta á nuestra vista el infortunado Héctor en esa misma actitud, y entonces los versos del Cisne mantuano adquieren personalidad y figura, sugeridas al pintor por el vate: una música lastimera y patética, espresa por último las ardorosas lágrimas y el llanto muy amargo del viejo Priamo, que pide suplicante y en tono humilde los despojos mortales de su amado Héctor al iracundo, fiero é indomable Aquiles.

Los arranques de una férvida imaginacion, llevan á Virgilio, en alas de su nómén alto y divino, á un mundo invisible, y la sombra de Héctor es una creacion sublime del genio: el pintor y el músico la siguen, y cada uno de los dos le da el colorido propio de su arte.

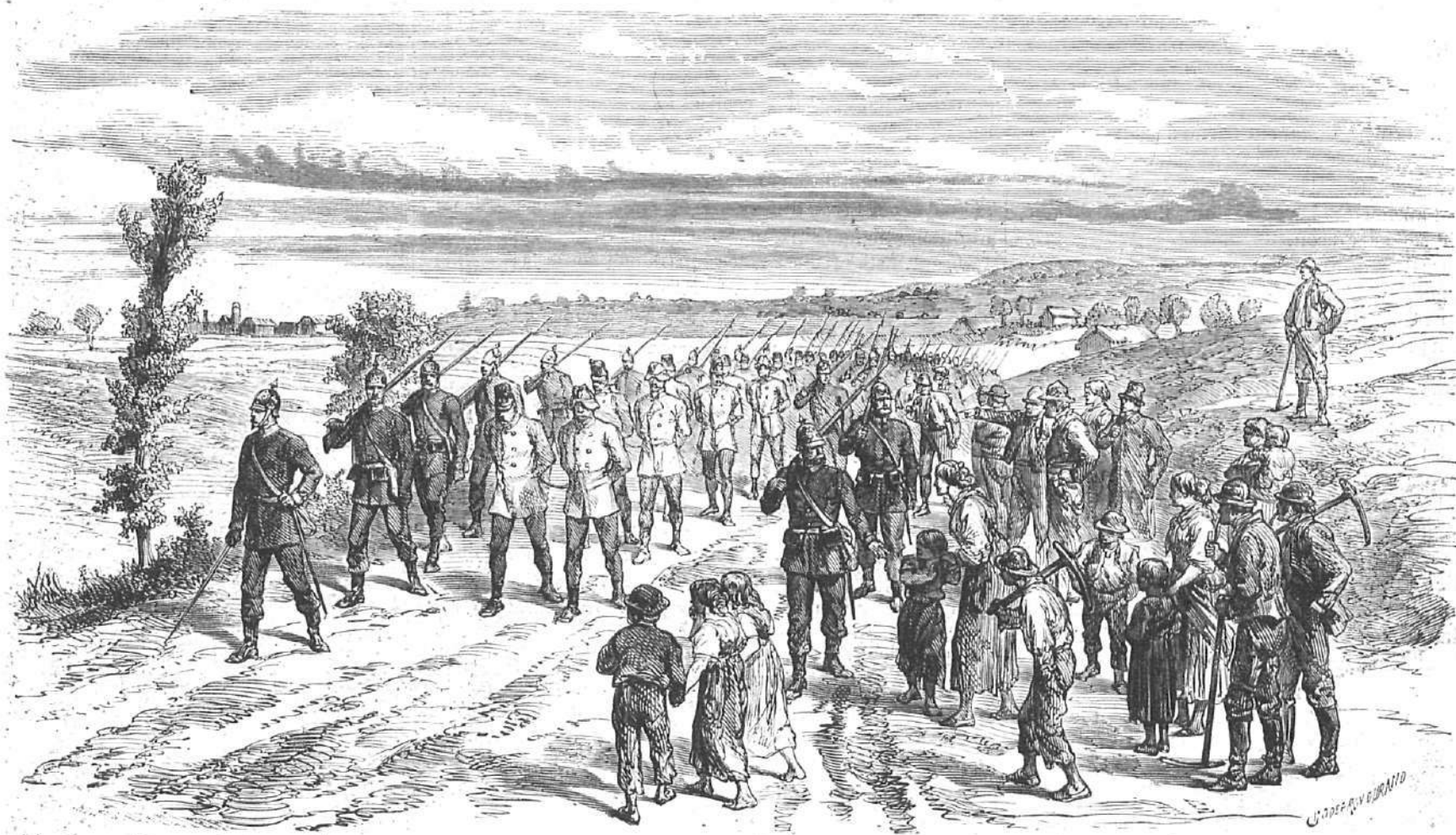
Si las visiones y los éxtasis de Santa Teresa de Jesús no queremos atribuirlos, dice el docto Balmes, al espíritu divino, que anticipaba á esa mujer sublime los goces de la eterna bienaventuranza, ¿nos atreveremos á negar que nos descubren la fuerza de una imaginacion que se eleva hasta las regiones celestes? ¿Nos atreveremos á negar que son el producto de una imaginacion que nos llena de dulzura y afecto, y que llega hasta el trono del Altísimo?



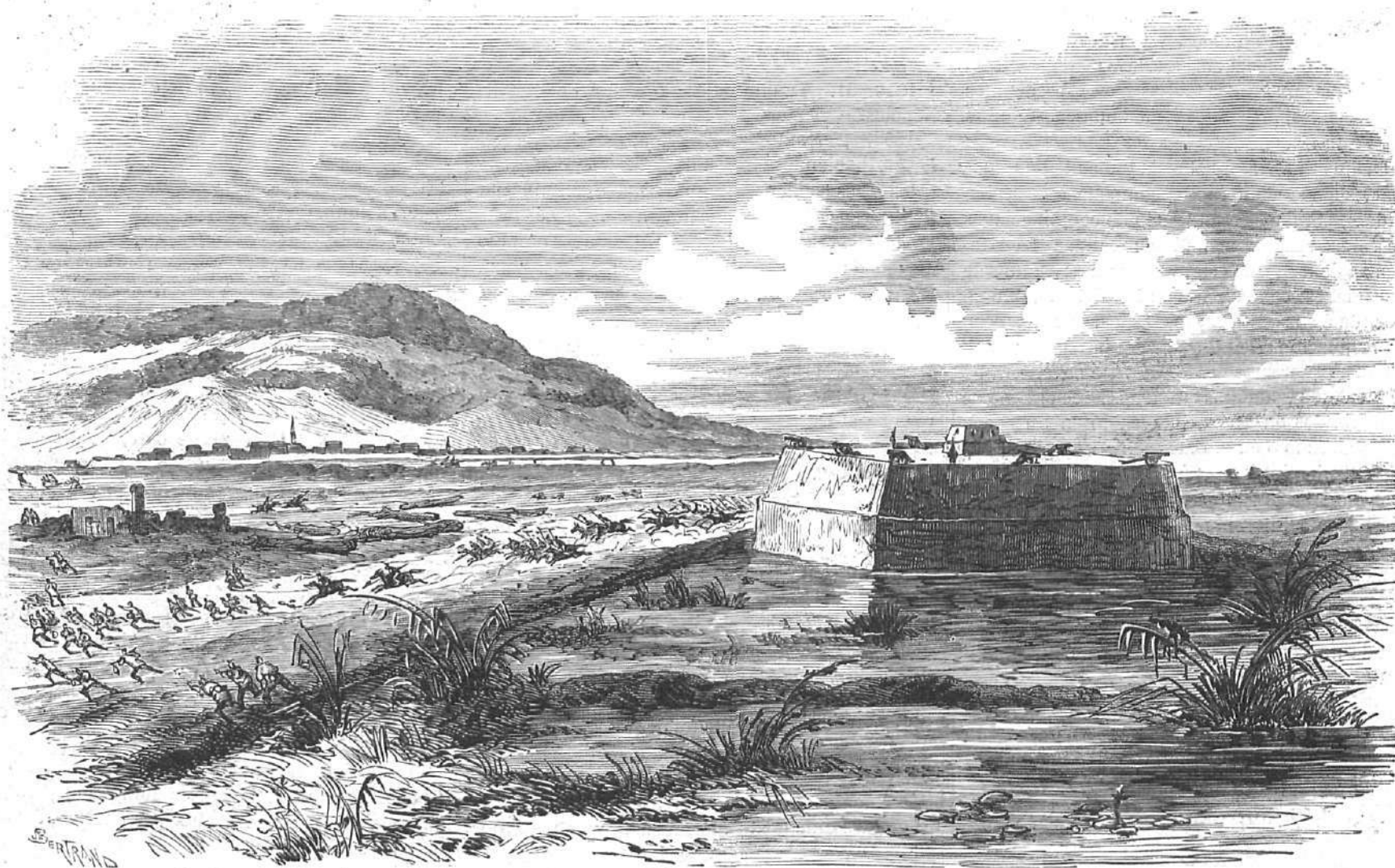
Num 8



Num 9



Num 10



Num 11

Pero cuando remordimientos muy tristes acosan y atormentan el alma, la imaginación les da mucho vigor, y degenera con frecuencia en delirios horrendos. Teodorico manda dar muerte alevosa y cruelmente al virtuoso Boecio: calmados sus furiosos, reconoce su crimen, y cree ver á cada instante la sombra de Boecio ensangrentada que le persigue, lanzándole miradas amenazadoras y feroces.

Juliano el Apóstata, entregado á las supersticiones mágicas de la escuela de Alejandría, evoca los espíritus, y en los delirios de su estraviada imaginación afirma que los dioses fantásticos de la gentilidad se le aparecen.

Pascal cree verse siempre al borde de un abismo sembrado de carbones encendidos, y de cuyo fondo brotan llamas: es un error de su imaginación; lo conoce, y sin embargo no puede corregirle.

Silvio Pellico, dotado por la naturaleza de claro ingenio; pero muy débil de constitución, detenido en las cárceles de Milan, le parece oír por el curso de muchas noches desaforados gritos y grandes risotadas de hombres escondidos en su aposento, y á quienes se ha confiado tal vez la triste misión de infundirle espanto, con ánimo de abatir su espíritu. Lo registra todo; pero no encuentra á nadie; y por último repetidos vómitos y un largo sueño le curan, y su imaginación tirana no le atormenta mas con ilusiones tan funestas y crueles.

¿Pero es un don exclusivo y único del hombre la imaginación? ¿Ha sido negada por la naturaleza á todos los brutos esa gran facultad, que pone en juego y mueve como un poderoso resorte todas las demás facultades de nuestra inteligencia? ¿Pertenece únicamente al hombre ese don, que ya le aflige, degenerando en delirios, en devaneos, en alucinaciones; y que ya le eleva en términos que, desplegando el humano ingenio sus largas alas, recorre ambos hemisferios y también el mundo invisible, como en las bellas artes acontece? Algunos filósofos creen que los brutos están dotados de imaginación, aunque en menor escala que el hombre; otros afirman lo contrario. Nosotros, apoyados en las mas sanas teorías y en experimentos muy recientes, abogamos en abono de la opinión de los últimos.

La imaginativa, ó potencia y facultad de imaginar, supone siempre una completa abstracción de ideas, porque es el producto de combinaciones que carecen muy á menudo de realidad. La inteligencia de los brutos es muy limitada, y no sale nunca del estrecho círculo de lo existente, que no se oculta á sus sentidos; los brutos, pues, carecen de imaginación. Esta teoría adquiere mas certeza aun, si no queremos perder de vista en el terreno práctico que, algunos animales, recientemente magnetizados en París, han caído en un sueño muy profundo ó en grandes convulsiones, sin adquirir sus instintos mas fuerza, ni su inteligencia mas vigor. La imaginación es una facultad propia y exclusiva del hombre, y la que mas contribuye á hacernos felices ó desdichados, porque la vida y los acontecimientos, que juzgamos prósperos ó adversos, son casi siempre el reflejo de la gran cadena de las ilusiones, á las que nuestra imaginación da un colorido ya tenebroso y enlutado, ya refulgente y seductor.

SALVADOR COSTANZO.

LAS CARTAS DEL TASSO (1).

Hasta hoy, siempre que se ha querido referir

(1) Le Lettere di Torquato Tasso, disposte per ordine di tem-

la vida del Tasso, no se ha hecho mas que componer una novela; cierta estraña oscuridad envolvía las aventuras de este gran poeta, y hasta la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Por fin, ha llegado el instante en que un hombre de talento pudiese escribir la vida del Tasso, sencilla, fiel y digna de toda confianza; que pudiese contribuir á que el lector penetrase en el fondo del alma de este espíritu, y esplicase las verdaderas causas de sus infortunios. Hasta ahora se nos figura que la vida del Tasso se halla escrita en la brillante colección de las *Cartas del Tasso* recogidas y anotadas por César Guasti, y de las que no tardará mucho tiempo sin que aparezca una traducción francesa. Esta preciosa colección donde todas las cartas del poeta están clasificadas por orden cronológico, donde los menores acontecimientos de su vida se ven anotados é ilustrados, donde todas las dudas aparecen estudiadas y escrupulosamente comentadas, es uno de los trabajos biográficos mas notables que hemos recibido de Italia en estos últimos tiempos. Creemos que los extractos que siguen, contribuirán á que apreciemos la importancia y el mérito de esta excelente publicación.

1544. 11 de marzo. Nacimiento de Torquato Tasso en Sorrento; hijo de Bernardo Tasso de Bér-gamo, y de Porzia de Rossi, napolitana, natural de Pistoia.

1545. 46. Bernardo y su familia se establecen en Salerno, cerca del príncipe de Ferranto San Severino. Desde 1531, Bernardo había entrado al servicio de este príncipe con el título de primer secretario. Poeta estimado, poseía al mismo tiempo las graves cualidades de hombre político. Consejero prudente y útil, tenía en la corte de su príncipe una posición mucho mas digna que la que tuvo mas tarde su hijo en la corte de Ferrara. Alfonso de Este, nunca vió en el Tasso mas que una especie de menestral, como lo prueban de una manera cruel dos versos de este noble personaje:

Una botta di vin sia data al Tasso,
Beva, scriva, riposi, et vada a spasso (2).

1550. 61. La familia Tasso pasa á Salerno en Nápoles.

1552. Ferranto San Severino, príncipe de Salerno, habiéndose resistido á las voluntades de Carlos V, es condenado á muerte por contumacia. Envía á Bernardo á Francia para solicitar el apoyo de Enrique II. Durante este tiempo, Torquato queda en Nápoles con su madre y su hermana. Frecuenta las escuelas de los jesuitas, abiertas en Nápoles en 1551.

1553. Los jesuitas dicen á Torquato que no tiene todavía nueve años cumplidos.

1554. En octubre es Torquato llamado á Roma por su padre. Se separa de su madre y de su hermana con gran sentimiento, que espresa despues en la *canzone*: *O del grand' Apennino*.....

—Noviembre. Torquato tiene por condiscípulo á uno de sus primos, hijo del caballero Giangiacopo Tasso de Bér-gamo, y por preceptor á un hombre muy sabio, muy distinguido, cuyo nombre se ignora.

1556. 13 de febrero. Recibe Bernardo la noticia de la muerte de Porzia, su mujer. «Era joven, dice, bella, graciosa, pura, y tan celosa de su honor, que á pesar de la voz de la naturaleza, deseó mas de una vez, durante mi desgraciado destierro ser fea y vieja. Nos amaba tanto á mí y á Torquato, que viéndose separada de nosotros, sin esperanza de pasar su vida bajo un mismo techo, se veía incesantemente atormentada y acosada por

po ed illustrate da Cesare Guasti, Firenze, Felice Le Monnier, 5.º volumen.

(2) Denle una botella de vino al Tasso; que beba, que escriba, que descanse y que se pasee.

los temores.... Yo la lloro con el pensamiento amargo, de que su muerte fué sin duda violenta y causada, bien por el veneno, bien por el exceso del dolor; me ha sido arrebatada en menos de veinte y cuatro horas.»

La sensibilidad profunda de la bella y noble Porzia, este fatal destino, que pueden explicar en parte el carácter, las agitaciones morales y las desgracias del Tasso?

1556. Fecha de la primera carta del Tasso, á la edad de doce años. Recomienda á la ilustre poetisa Vittoria Colonna, á su hermana Cornelia, que sus tíos maternales quieren retener en Nápoles y casarla contra la voluntad de Bernardo.

Setiembre. Bernardo manda llamar á Torquato y á su primo á Bér-gamo á la casa del Tasso. El mismo pasa á la corte de Guidubaldo II, duque de Urbino, que residía en Pésaro.

1557. 1.º de abril. Torquato es llamado por su padre á Pésaro, y llega á ser condiscípulo del príncipe Francesco Maria, hijo del duque de Guidubaldo. Reside dos años en esta corte, ora en Pésaro, ora en Urbino.

1559. Mayo. Sigue á su padre á Venecia.

1560. Noviembre. Llega á Pádua á la apertura de los cursos. Estudia derecho civil bajo la dirección del profesor Guido Panziroli. Al año siguiente, se entrega al estudio de la filosofía, en la escuela de Francesco Piccolomini y de Federigo Pendario.

1562. Compone el poema de *Rinaldo* para distraerse: «De este modo celebré, jugando, el ardor y las dulces pasiones de Reinaldo, despues de haber dado á luz otros estudios, al cuarto lustro de mis juveniles años..... estudios ingratos, cuyo peso me abruma.» (*Rinaldo*, cant. XII, est. 90.)

Abril. Imprime este poema, dedicado al cardenal Luis de Este.

Noviembre. Monseñor Cesi llama á Torquato á la universidad de Parma. Torquato es recomendado á Giovanni-Angelo Papio y al senador Francesco Bolognetti, amigos de su padre. Se pone en relación con el conde Onofrio della Porta y Nicolo Salandri.

1563. Comienza la *Jerusalem libertada*, cuyo primer pensamiento concibió en Pádua. Entonces quería llamar á este poema: *Il Goffredo*, ó *Gottifredo* (Godofredo).

1564. Se sospecha que es autor de ciertas sátiras, y se apoderan de sus papeles. En febrero deja á Bolonia y se pone en camino para Mantua con la esperanza de encontrar allí á su padre. Pero al llegar á Módena, sabe que su padre se halla en Roma. Se detiene cerca de Rangoni, en Castelvetro, y escribe al vice-legado de Bolonia para esplicar su fuga y defenderse contra las imputaciones de que era objeto.

Pasa á Corregio, y hace una visita á la signora Claudia, hija del conde Claudio Rangone, y mujer de Giberto XI, señor de esta ciudad. Desde aquí es llamado á Pádua, y recibido con el nombre de Pentino, en una academia de sabios y de jóvenes que se reunían en la casa de Scipion de Gonzaga, bajo el título de *Academici Aterei*.

Se cree que escribió entonces sus *Discursos sobre el arte poética*.

Pasa tres dias en Módena, esperando el regreso del conde Fulvio Rangone, que solicitaba en vano en la corte de España la restitución de los bienes confiscados de Bernardo.

En julio, Torquato, se reúne con su padre en el ducado de Mantua.

En noviembre, pasa á Ferrara y es presentado á la corte por el conde Fulvio Rangone; pasados algunos dias entra en Padua para volver á emprender sus estudios.

1565. Durante el verano, va á ver á su padre á Mantua. Cae gravemente enfermo.

En octubre, se agrega á la corte de Ferrara en

calidad de gentil-hombre del cardenal Luis de Este, hermano del duque Alfonso. Cumple los veinte y un años.

1566. Es benévolamente acogido por las hermanas del duque, las princesas Lucrezia y Eleonora. «La una y la otra, dice, tan sabias, tan espirituales, tan dignas, y al mismo tiempo tan amables, que no se sabe cual es de todas sus cualidades la que merece mas elogios.» (*Diálogo del forno primo.*) Sin embargo, el poeta confiesa, que siente un poco mas de admiración hacia Eleonora, y espresa este sentimiento con alguna pasión en un soneto impreso en 1567 con otros versos de la Academia de Pádua (*Pima degli Accademici Aterci*): las dos princesas se aproximaban á la edad de treinta años.

Durante la primavera, Torquato hace una escursión á Pádua, donde lee los seis primeros cantos de su *Goffredo* á Scipion Gonzaga y otras personas.

Pasa un mes en Pavia, desde donde escribe á Ercolo Tasso y le envia algunos sonetos.

Regresa á Mántua donde estaba Bernardo; en una carta espresa el deseo de ver á su tia doña Affra Tasso, religiosa en el monasterio de San Grato.

1567. Reside en Ferrara cerca del cardenal su amo.

1568. Escribe versos en alabanza de Lucrecia Bendidio, noble dama de Ferrara, amada y celebrada por Giambattista Pigna, secretario del duque. Escribe *Consideraciones* sobre tres canciones de Pigna y las dedica á la princesa Eleonora, que probablemente le habia pedido este trabajo.

Sostiene en la Academia de Ferrara cincuenta proposiciones, bajo el título de: *Conclusioni amorose*. Se imprimieron en casa de Alda, en 1581, con la primera parte de los versos, y dedicados por el Tasso á la signora Cinebra Malatesta.

1569. 1.º de agosto. Sabe que su padre se encuentra gravemente enfermo en Ostia, en las márgenes del Pó, donde cumplió las funciones de gobernador por el duque de Guglielmo Gonzaga; se apresura en su marcha.

4. de setiembre. Muerte de Bernardo Tasso despues de una corta enfermedad. Torquato vuelve á Ferrara desconsolado.

1570. Febrero. La princesa Lucrecia de Este, se casa con Francesco della Rovere; hijo del duque de Urbino.

En la apertura de la Academia de Ferrara, Torquato lee el elogio de Ferrara y del duque.

A fines del año, parte para Francia con el cardenal Luis de Este: deja á Ercolo Rondivelli instrucciones acerca de lo que deberá hacer de los versos escritos si llegase á morir en el viaje. Pide en particular que se publiquen los últimos seis cantos del *Gottifredo* y las estancias de los dos primeros cantos que se juzguen menos débiles: quiere por lo demas, que todo lo que se publique sea revisado por Scipion Gonzaga, Domenico Veniero y Battista Guariano. Suplica que se eleve á la memoria de su padre una losa sepulcral con el dinero que se saque de la venta de las ropas y de los muebles que están en su casa ó que él ha empeñado en casa de Afram Levi y en casa del Señor Ascanio.

I. A. B.

(Se continuará.)

SOBRE LAS SUSTANCIAS QUE CAEN DEL CIELO.

Los espacios en que se mueve la tierra en su revolucion anual en derredor del sol, no son espacios enteramente vacíos. Independientemente de

las grandes nubes de materia pulverulenta ó gaseosa, que bajo el nombre de cometas pasan por ellos de vez en cuando, circulan tambien cuerpos de distintas naturalezas mucho menos voluminosos, y que se encuentran algunas veces con nuestro globo, bien porque éste en su curso venga á chocar con ellos, bien que aquellos sean por el contrario impulsados á chocar contra él. Nuestro planeta representa á este respecto, si podemos hablar así, el papel de uno de esos grandes hilos que se pasean por las aguas apacibles de un estanque, y que recogen todo lo que encuentran en su tránsito. Aunque el producto no sea hasta hoy muy considerable, nada hay mas interesante que examinar los diferentes objetos que han caído sucesivamente en nuestras manos. Su estudio es, en efecto, el único medio que poseemos para tener un estrecho conocimiento con la naturaleza material, tal como existe fuera de la tierra.

El resultado mas general y mas notable de esta investigacion geológica de las regiones celestes, es un resultado negativo. Hasta hoy no se ha presentado en los espacios que nos ha sido permitido explorar de esta manera, es decir, en un trayecto de doscientos millones de leguas, ninguna sustancia que fuese estraña á la tierra. Todas las sustancias que hemos podido recoger nos eran ya conocidas. En vano los químicos se han armado de todos sus recursos; sus análisis no han podido traer el descubrimiento de un solo cuerpo que no formase ya parte de nuestras clasificaciones mineralógicas. No solamente no han obtenido ningun elemento nuevo, sino que no han visto una sola combinacion verdaderamente nueva. Aquí se manifiesta un principio de uniformidad muy opuesto á lo que habian imaginado los antiguos, respecto á la diferencia fundamental entre la naturaleza de la tierra y la naturaleza de los astros.

Hasta ahora, el número de los cuerpos simples probados en los minerales extraterrestres se elevan á diez y ocho, que son: el oxígeno, el azufre, el fósforo, el carbono, el silicio, el aluminio, el magnesio, el calcio, el potasio, el sodio, el hierro, el níquel, el cobalto, el cromo, el magnesio, el cobre, el estaño y el titanio.

La disparidad mineralógica mas notable consiste en que, sobre la tierra, el hierro no se presenta en sus estados naturales, mas que en estado de óxido; mientras que en sus relaciones celestes, se encuentra con frecuencia en el estado metálico, y en general, en el estado de aliaje con cierta cantidad de níquel. Aquí tambien es comparativamente muy abundante, pues no hay masas metálicas que no contengan materias libres ó combinadas.

En cuanto á las sustancias puramente petrosas se manifiestan generalmente muy ricas en magnesia. La especie mineral mas ordinaria es la olivina, compuesta de silicato de hierro y de magnesia. Al lado de la olivina se encuentran tambien habitualmente, los minerales conocidos bajo los nombres de augita, anortita, y labrador. No es inútil observar, que todas estas combinaciones existen entre nosotros en los terrenos ígneos, y que las rocas propias de nuestros terrenos de sedimento, tales como el carbonato de cal, etc., no se presentan nunca en las regiones celestes.

El tamaño de las masas que nos llegan de esta manera es muy variable. Hay algunas que no pesan mas que algunos gramos y otras que pesan muchos quintales. La masa que se encuentra sobre la costa septentrional de la bahía de Baffin, y que ha sido señalada por el capitán Ross, se ha explotado por los esquimales, que sacan de ella el hierro necesario para sus armas y sus utensilios. Existe cerca del nacimiento del rio Amarillo una masa semejante de cerca de 15 metros de altura, que aseguran los mongoles haber caído del cielo acompañada de relámpagos. Semejante gradacion en las dimensiones de estos cuerpos singulares

nos pone en vias de comprender fácilmente que deben existir materias del mismo género en el estado pulverulento; y con efecto, existen capas de arena y de polvo, como existen capas de piedras. Ora son capas secas, ora polvo mezclado con el agua de las nubes, de lo cual resultan lluvias coloradas. Se distinguen particularmente lluvias rojas y lluvias negras, y bajo esta forma, un tanto sorprendente, las capas de polvo se han notado con mas frecuencia que el estado pulverulento, porque entonces es fácil confundirlas con los torbellinos del polvo terrestre.

Además de estas lluvias hay algunos indicios de sustancias mucho mas raras, y que por desgracia no han llegado hasta el presente á manos de los sabios, que serian los únicos capaces de precisar con exactitud su naturaleza. Así es que las antiguas crónicas hacen mencion de la capa de una sustancia que comparan con la sangre coagulada. En 1548, en Mansfeld, cayó del cielo un globo de fuego haciendo mucho ruido, y se halló despues sobre el suelo una masa semejante á la sangre coagulada; en 1652, entre Siena y Roma, cayó una masa viscosa; en 1718 se encontró en la isla de Lethy, en las Indias, una materia gelatinosa á consecuencia de la caída de un globo de fuego; en 1796, en Lusacia, á consecuencia de una caída del mismo género, se menciona una materia viscosa de mucha consistencia; en 1319, en Amherst, en Massachussets se vió caer una masa gelatinosa de olor fétido, á consecuencia de un meteor luminoso.

Se conserva aun el recuerdo de sustancias todavía mas estraordinarias. En 1582, cerca de Erfurt, á consecuencia de una tempestad, cayó una sustancia fibrosa; en 1661, cerca de Naumbourg, se desprendió una capa abundante de una sustancia fibrosa, que se compara con la seda azul; en 1686, en Curlandia y en Noruega, se hizo mencion de una sustancia membranosa flexible, que se compara con el pan medio tostado. ¿Cuál es la composicion de estas masas singulares? La ciencia lo ignora todavía de una manera absoluta. Se comprende el interés que tendrán los sabios en los descubrimientos de las materias que surgen en los espacios celestes, de sustancias mas ó menos análogas á nuestras sustancias orgánicas.

M. P.

FUERZA Y MATERIA.

A fines del siglo ultimo, la ciencia proclamó una gran verdad, á saber: que tratándose de materia nada se pierde ni se crea ociosamente en la naturaleza. Todos los cuerpos, cuyas propiedades varian incesantemente á nuestros ojos, no son mas que transformaciones de agregados de materias equivalentes en peso. En estos últimos tiempos la ciencia ha proclamado otra verdad, cuya demostracion se hace todavía, y que es hasta cierto punto el complemento de la primera, á saber: que tratándose de *fuerzas* nada se pierde ni se crea ociosamente en la naturaleza; de donde se sigue, que todas las formas de los fenómenos del universo, variadas al infinito, no son mas que transformaciones equivalentes de fuerzas las unas en las otras. Estas dos variedades son universales y comprenden los fenómenos de los cuerpos vivos lo mismo que los de los cuerpos brutos.

EDITOR RESPONSABLE; DON DIONISIO CHAULIE.

IMPRENTA DEL BANCO INDUSTRIAL,

A CARGO DE D. J. BERNAT.

Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid.—1896.

